



SEDUCIENDO  
AL  
PRINCIPE

AMANDA J. QUEIROZ

# Seduciendo al Príncipe

**AMANDA J. QUEIROZ**

## **Seduciendo al Príncipe**

© 2017 Amanda J. Queiroz

Portada: J&J CoverArt / Naomi

Imagen de portada: ©CanStockPhoto/Liakoltyruna

Corrección: J&J CoverArt

Maquetación: J&J CoverArt

ISBN-13: 978-1546353317

ISBN-10: 1546353313

Todos los derechos reservados.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento así como el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método.

*A mis abuelos:*

*Por haberme regalado maravillosos recuerdos*

1  
**RESACA**

*Ella sólo busca que la quieran en su forma,  
y no en las millones que existen.  
Quiere que la quieran única  
y no cualquiera.  
Vive la vida despeinada,  
fumándose un peta en cada esquina,  
llorando en la barra del mismo bar que lleva su nombre,  
yendo de taxi en taxi detrás del amor de su vida  
que olvidó decirle cuándo iba a ser la próxima cita.  
Tiene la mirada clavada donde todos, pero mira como nadie.  
Es una chica sin filtros,  
sin pelos en la lengua,  
sin ataduras en el corazón.  
Dice lo que tiene que decir  
y siente lo que no quiere sentir.  
Es la gata que camina por los tejados a medianoche  
en busca de una caricia  
y huye al primer roce.  
Es tan única  
que ni siquiera la encuentras en un libro,  
ni en una fragancia  
ni en un paisaje.  
Lo de sus ojeras ya nos lo cuentan las canciones,  
lo de su sonrisa ya nos lo cuentan las interminables veces en las que tuvo  
que partirse para ser la chica valiente que ahora es,  
porque eso sí: un día tuvo tanto miedo, que no tuvo otra opción que secarse  
las lágrimas y tomar al toro por los cuernos que dicho sea de paso: ya los  
llevaba clavados en el pecho.  
Ella es el sol de The Beatles,  
la paciencia de Guns N' Roses,  
la satisfacción de los Rolling Stones;  
la voz rota de Kurt,  
la sonrisa fugaz de Amy,*

*la mirada perdida de Jim,  
el espíritu rebelde de Janis.  
Jamás se ha rendido por nada,  
aunque muchas veces lo ha hecho por alguien.  
Lo ha dejado todo por un abrazo  
y ha hecho estallar esa presión del pecho  
contra otro pecho.  
Dos corazones que laten al compás  
es música para cualquier sentimiento.  
No la catalogues como una chica rota,  
porque no lo es,  
lo que sí es:  
una chica que lleva mil guerras perdidas en la mirada  
y mil cicatrices bajo la sonrisa.”*  
Benjamin Griss

Esa mañana cuando me desperté, lo último que me esperaba era tener una resaca de mil demonios, y un dolor de cabeza infernal.

*¿Por qué tendría que beber? Eso me pasa por hacer caso a Serena. ¿Por qué siempre hago caso a esa loca?*

Mi cabeza palpitaba fuerte y tenía la boca seca, me costaba incluso abrir los ojos o tragar. Aún así muy despacito abrí los ojos, me encontraba en la cama de un hotel que no era el mío. De hecho era como un palacio en comparación con la choza que Serena y yo habíamos pagado para pasar el fin de semana por mi cumpleaños.

*Ay, mi cabeza.*

Me llevé las manos a la cabeza y suspiré con pesar. Cuando viera a mi mejor amiga la pensaba matar. Aquel maldito dolor de cabeza se debía a los veintitrés chupitos de Vodka que me hizo tomar anoche, uno por cada año de mi vida. ¿En qué estaría pensando? Nunca bebí en mi vida, y ahora me pasaba esto.

A mis veintitrés años tenía que estar muy gilipollas para hacer caso a Serena. Era una mala influencia y lo sabía, mis padres me lo habían repetido mil veces. Pero no... Tenía que seguirle el rollo a la condenada ésa.

Tenía pequeños fragmentos de anoche pero todo sonaba tan confuso en mi mente. Creo que vomité sobre alguien... ¿O fue Serena? Puede que también me cayera sobre algo duro... de ahí que me duela tanto el culo.

*Arg.*

Froté los ojos pero algo áspero que me raspaba la cara me frenó. Abrí los ojos y miré con estupor mi mano izquierda en la que descansaba un anillo de plata sencillo sobre mi dedo anular.

*¿Pero qué...?*

Me incorporé tan rápido que sentí vértigo y ganas de vomitar. Cerré los ojos con fuerza intentando luchar contra el mareo y la resaca.

Unos minutos después, cuando se me pasó por fin la sensación de malestar, abrí los ojos y estudié la habitación. Era una suite francesa, las paredes tenían un color crema suave, y las molduras del techo estaban pintadas de un oro brillante. Todos los muebles eran de color caoba y en el suelo había varias alfombras egipcias adornándolo. Todo era tan precioso que me quedé anonadada.

En mi ciudad no se solía ver nada tan bonito, lo único que se podía apreciar en la granja de mis padres era el paisaje rústico, las vacas, los caballos... Poco más. No podía creer que todo aquello fuera real, con que tuve que pellizcarme para tener la certeza de que no se tratara de un sueño más.

—Buenos días princesa.— una voz ronca y profunda inundó la habitación captando toda mi atención.

Giré la cara y de una de las puertas de la suite apareció un hombre desnudo. Sí, completamente desnudo.

Sentí como el calor se subía a mis mejillas dejándolas coloradas al instante. Él me sonrió y siguió su camino hacia otra puerta de la suite, yo me limité a seguirle con la mirada.

*Que culo, Jesús.*

Solté una risilla nerviosa y me tapé los ojos. Si mi madre me hubiera visto en aquel momento... Lo más seguro era que dijera que iría al infierno por ver a un hombre desnudo.

Me destapé la cara y volví a mirar al anillo de mi dedo. Y lo quedé mirando y mirando hasta que mi cerebro hizo un pequeño clic y abrí los ojos de par en par otra vez.

—Oh... No, no, no...— empecé a decir estupefacta y retiré la sábana de encima.

Estaba desnuda. Desnuda, en una habitación que no era la mía, con un sexy hombre que ni siquiera conocía.

*Oh Dios, mi madre me va a matar.*

Mis padres eran muy religiosos, como se enteraran de esto... Me mataban.

¿Cómo había podido pasar? ¿Me había acostado con un completo desconocido? Definitivamente estaba muerta, y quizá desheredada a los ojos de mis padres. Eran demasiado religiosos para aceptar lo que acababa de hacer.

Me iba explotar la cabeza, la tenía como un bombo, me levanté tapándome con la sábana y empecé a caminar de un lado al otro en búsqueda de mi ropa pero no estaba por ninguna parte.

— ¿Buscas tu ropa?

Me giré hacia la voz masculina y le vi otra vez. Ahora iba vestido, con un pantalón de mezclilla claro, una camisa azul cielo y mocasines. Bastante apuesto, la verdad. Sus ojos azules se veían de lejos como un maravilloso cielo de primavera.

*Perfecto.*

— Sí. — mi voz sonó baja y quebradiza.

Tenía tanta vergüenza que casi no podía mirarle a los ojos. Aquella situación era demasiado violenta para mí. Mis padres no me habían educado para hacer algo así, ir acostándome con cualquier hombre por la vida.

—Anoche la vomitaste por completo. —Sonrió y fue hacia una mesita que estaba al lado de la cama. Cogió un reloj que parecía bastante caro a simple vista y se lo abrochó en la muñeca izquierda. Donde de hecho llevaba el mismo anillo que yo.

Se me hizo un nudo en el estómago y sentí fuertes ganas de vomitar.

—He pedido que te compraran algo de ropa, está en el baño, supongo que querrás ducharte antes de que bajar a desayunar.

—Yo... Gracias.

—De nada princesa... Te espero abajo. — me sonrió ampliamente y se fue de la habitación como si nada.

*¿Princesa?*

Sólo mi padre me llamaba así, y eso porque era su única hija, y seguramente cuando se enterara estaría muerta ante sus ojos. Me quedé ahí, aturdida durante unos segundos hasta que alguien tocó a la puerta. Algo dudosa me levanté y fui hacia allí, abrí una brecha de la puerta y al ver que era Serena la dejé pasar.

—¿Me puedes explicar qué paso anoche?— casi le hablé a gritos —¿Cómo pudiste dejarme con un desconocido? Me he acostado con un hombre...

Ella parecía bastante divertida con mi aturdimiento.

—Sí, lo hiciste, y seguramente te gustó, a mi me hubiera gustado, desde

luego, ese tío está para comerle enterito...— puso los ojos en blanco como si acabara de ver su postre favorito o como si estuviera teniendo un orgasmo. Me puse inquieta y la miré con mal humor. Empecé mi camino hacia lo que suponía que era el baño.

—¿Me explicas?— repetí mientras ella me seguía.

Mi cabeza me estaba matando. Necesitaba una pastilla milagrosa o acabaría matando a alguien, y lo más seguro era que fuese a Serena.

—Bueno, te emborrachaste, bailaste en una barra... Caíste sobre Thomas y creo que fue así como un flechazo porque media hora después estabais en una capilla... dando el sí quiero.

Me voltéé tan rápido hacia ella que acabé cayéndome de culo contra el suelo al perder el equilibrio.

— ¿Qué? AUCH.— me duele el culo. Y mucho.

O sea que el anillo significaba eso... ¿Cómo fui tan ingenua para no pensar esto desde el principio? Suspiré aliviada. Al menos me había acostado con mi marido.

**CASADA CON UN DESCONOCIDO***Ama a quien te mire como si fueras magia*

Frida Kahlo

Pedí a Serena que esperara en la habitación mientras yo me duchaba. Siempre había sido alguien pudorosa y tímida. Aunque fuera mi mejor amiga y ya la hubiese visto desnuda más veces de las que me hubiera gustado ver, no me sentía cómoda enseñando mi cuerpo, sobre todo por mis kilitos de más. Había entrado en una fase de depresión hacía unos meses por la muerte de mi caballo favorito y había engordado debido a las ansias de comer. Amaba ese caballo y fue muy triste para mí su pérdida.

Me di una ducha caliente, lo que hizo que todos mis músculos en tensión se relajaran. Al terminar me sequé, me envolví en una toalla de algodón egipcio de un blanco impoluto y fui a investigar las dos bolsas de ropa que estaban a un lado, en el suelo.

Cogí una de las bolsas y de ella saqué un precioso vestido violeta vaporoso. En la zona del escote tenía varias piedrecitas hermosas, y me gustó al instante porque no era ni corto ni con un escote atrevido. Tenía demasiado pecho y no me gustaba enseñar.

Seguí mirando y encontré ropa interior, lo que hizo ponerme roja de vergüenza al instante, nadie me había comprado ropa interior en la vida, a parte de mi madre, claramente. Me puse la ropa interior de una delicadeza única y a continuación el vestido violeta. ¡Vaya! Quedaba hermoso en el cuerpo y lo mejor de todo: no marcaba mis gorduritas.

Me peiné el cabello castaño con los dedos y salí a la habitación donde mi mejor amiga me esperaba. La encontré sentada en medio de la cama con un bol de cristal lleno de bombones y a su alrededor varios envoltorios de los que se había comido. La miré con los ojos abiertos de par en par.

—¿Estás loca? ¿Qué haces comiendo eso? Costará carísimo...— dije desesperada mientras iba decidida a quitarle el bol de las manos. Tenía los

labios manchados de chocolate, como si de una niña se tratara.

—¿¡Qué!?! Dámelos—. Rogó ella tendiendo los brazos hacia mí.— Oh venga, son el jodido paraíso... Además Thomas puede pagarse lo que quiera. ¿Es qué acaso no ves dónde estás?

Ella señaló la habitación con el dedo y me vi obligada a mirar a mi alrededor. Obviamente, una persona con poco dinero no se podría permitir pagar una suite como aquella. De hecho no conocía a nadie que se lo pudiera permitir.

—Come uno al menos y verás que exquisitos son.— dijo Serena poniendo cara orgásmica otra vez.

Suspiré. ¿Qué remedio? Cogí un bombón del bol y lo probé. Al instante una explosión de sabores dulces y exóticos se abrió paso por mi paladar. Abrí los ojos de par en par y empecé a asentir con la cabeza a Serena mientras ella se reía y aplaudía.

—Ahora, dámelos.

Me amenazó con la mirada. Suspiré y se lo devolví, no antes de cogerme un segundo. Sin duda alguna el mejor chocolate que hubiera probado jamás. Cuando Serena por fin se comió los diecinueve bombones que restaban, bajamos.

—¿Sabes...? Ahora que tienes un marido *milloneta*, podías pedirle dinero para que no os quiten la granja.— Comentó ella una vez en el ascensor.

La miré con tranquilidad fingida. A Serena todo le resultaba verdaderamente fácil, decir era una cosa muy distinta a hacer lo que me decía.

—No le voy a pedir ni un céntimo... ¿por quién me tomas?— pregunté ofendida.

De verdad parecía que tenía pajaritos en la cabeza u otra cosa. No iba a pedir dinero a nadie para salvar la granja de mis padres. Encontraríamos una solución para que el banco no nos embargara la propiedad.

—Por una ingenua, está claro que puedes sacar algo de todo este drama de la boda y como siempre pareces una...

Le fulminé con la mirada.

—Significa tener honor, cosa que a ti te falta.

Ella puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua.

—Deberías aprovechar más tu suerte, porque podría desaparecer... ¿Quién sabe si el ricachón ve que eres una sosa y pide el divorcio?

¿Divorcio? Yo no creía en el divorcio, para mí dos personas que se unían una vez no se separaban jamás, pero eso no se lo pensaba decir a la

descerebrada de Serena. Esa chica tenía medio cerebro, no se podía razonar con ella.

—¿Déjalo vale? No necesito que nadie solucione mis problemas y lo sabes de sobra.

—Sólo te doy salidas más fáciles, te acuestas con él, le pides dinero y listo. Tu familia está salvada de la ruina.

Le volví a fulminar con la mirada.

—¿Recuérdame por qué soy tu amiga?— dije con cara de pocos amigos.

—Porqué soy un ángel. — Me puso ojitos tiernos, lo que me hizo suspirar.

La puerta del ascensor se abrió y salimos al vestíbulo.

—Bueno, te veo en la noche, voy a explorar la ciudad.—musitó ella yendo hacia la entrada.

—Espera.— le sujeté del brazo alarmada.—¿Vas a dejarme sola?

—No pretenderás que haga de niñera... Venga ya, es tu marido, ve, ve...— me apartó la mano de su brazo y se fue, dejándome ahí plantada, como una idiota.

Mi marido... Sólo era mi marido, y un completo desconocido. No sabía cuál de las dos cosas lo hacía peor. Tragué duro, me alisé el vestido y pregunté a la recepcionista donde quedaba el café del hotel. Me indicó el camino y seguí sus instrucciones.

El hotel me recordaba a los palacios indios donde todo estaba rodeado de muchos colores y formas geométricas donde quisiera que pusiera el ojo. Me quedé fascinada, mirando la decoración de camino al café.

Una vez allí, en un rincón apartado vi al tal Thomas del que Serena tanto me habló y que ahora era mi supuesto marido. Tenía un periódico en mano y lo miraba con detenimiento. Me acerqué a él vacilante. No sabía que decirle y mucho menos como saludarle. Con un simple "hola", un beso quizá. Ay, todo era tan confuso en mi mente. Nunca había tenido siquiera un novio formal, para saber más o menos cómo actuar...Imagínate un marido.

—Hola.— le saludé. Él levantó la vista hacia mí e inmediatamente se puso de pie y apartó la silla para que me sentara.

Le miré con una ceja erguida. En mi ciudad si un hombre te hacía eso... ¡Peligro! Porque lo más seguro era que fuera gay, ya que todos eran unos patanes, ineptos y asquerosos. Se pasaban el día corriendo detrás de la cerda Dolly. No entendía qué diversión veían en atrapar cerdos en sus mugrosas casetas. Me senté y él volvió a su sitio sin decir ni una sola palabra pero sin apartar un segundo la mirada de mí.

—¿Cómo estás princesa?— su voz profunda y tranquila me hizo sentirme incómoda.

¿Por qué volvía a llamarme princesa? Eso era tan... raro.

### 3

## CONOCIÉNDOSE

*"No solo es bonita, simpática y sexy, además es detallista y está tan loca como yo. ¿Todavía preguntas por qué me enamoré de ella?"*

Germán Renko

—¿Le traigo la carta señor?— Preguntó el *maître* trajeado de pie, enfrente de nosotros.

—Por favor— Contestó mi marido con voz profunda y autoritaria.

El *maître* hizo una media reverencia y se fue. Poco después trajo una carta para él y otra para mí.

—¿Por qué no me cuentas de ti?— Me dijo sin despegar la vista de la carta de menú.— Después de todo no es que anoche hablásemos mucho.

Me encogí de hombros. Tampoco había mucho que decir, era muy simple.

—No hay mucho que contar... Soy hija de granjeros... Una vida aburrida y tranquila— Declaré apartando la vista de la carta y mirándole a él.

Al darse cuenta de que le espiaba depositó su mirada sobre mí. Ese simple gesto me hizo tener una sensación extraña en la tripa, como si mil avispones intentarían salir de mi interior. Su intensa mirada azul denotaba autoridad innata, y una simpatía dócil.

—Me gustaría conocer esa vida tan aburrida de la que alardeáis tener.

<sup>1</sup>Panecillo individual de forma redonda, típico de la cocina

del Reino Unido y originario de Escocia

---

—¿Alardear? Me encogí de hombros y volví a mirar la carta. Me llamaba la atención que tuviesen *scone*<sup>1</sup>. Mi padre era escocés y mi madre había acabado aprendiendo hacerlo por él, que tanto adoraba. Y yo no quedaba atrás.

Cuando volvió el *maître*, le dije que quería dos scones y un poco de té con leche. Thomas pidió lo mismo, como si quisiera saber si era buena escogiendo algo de comer o no. Me acomodé en el asiento sintiéndome violada por su mirada penetrante.

—¿Por qué eres tan tímida?

Me sonrojé, inevitablemente.

— Eso es... Divertido— Contestó él mismo a su pregunta.

Cuando el *maître* trajo nuestro pedido él miró desconfiado al té y luego lo probó con cautela. Me hizo un pelín de gracia verlo tan desconfiado pero evité reírme. No sería muy prudente empezar el día riéndome de mi marido. Hice lo mismo y bebí un sorbo de mi té con leche, tenía esa costumbre de mezclar ambas cosas, porque hacía que el sabor se intensificara.

Thomas me miró y sonrió dándome el visto bueno. Desde luego si era una prueba parecía haber aprobado la primera fase.

—Delicioso.

Después de dos sorbos más, le miré con tanta alegría por su aprobación que él se rio mientras se terminaba el té. Sostuvo el scone y lo observó. Era parecido a un pastel típico sudamericano.

Los scones solían ser dulces aunque también podían ser salados. Los dulces contenían a menudo uvas pasas, arándanos, queso o dátiles. Cogí el mío, lo partí en dos y lo unté con la crema espesa que había traído el *maître*.

Él mordió el suyo y, mientras lo masticaba, parecía un hombre que estuviese enamorado mirando a su amada. En dos minutos se había comido todos los scones, incluido el mío. Llamó al *maître* y pidió más. Definitivamente le había gustado. Sonreí con satisfacción.

— Nunca había comido eso...

— Ya veo.

Sonrió ampliamente.

—¿No vas a preguntar nada sobre mi?— Alzó una ceja desafiante.

— Creía que no hacía falta, tengo todo el tiempo del mundo para saber sobre ti. ¿No?

No supo que contestar y acabó metiéndose otro scone en la boca. Me sentí llena solo de mirarle comer.

—¿Te apetece dar un pequeño paseo?— Me propuso levantándose y teniéndome la mano. Me levanté y acepté su mano. Empezábamos a ir hacia la entrada cuando le miré con preocupación.

—¿No vas a pagar la cuenta?

Él se rio como si hubiese dicho el chiste del año y luego suspiró.

— Ya habrá tiempo para eso, no te preocupes.

Pestañeeé sin saber cómo reaccionar pero no dije nada.

—Me llamo Thomas...

—Lo sé — Le interrumpí sin ninguna delicadeza lo que le hizo fruncir el

entrecejo.

—Ayer... Estabas muy borracha... Y yo no me quedaba atrás, pero al menos pensaba más que tú... Y cometí la mayor locura de mi vida.

Me mordí el labio nerviosa. ¿Iba a pedir el divorcio en el primer día de matrimonio? Vaya fracaso llevaba encima ese año, las cosas solo iban a peor.

—Te casaste con la primera loca que se te cayó encima, entiendo que quieras... Poner fin y hacer como si nunca hubiese pasado.

*Ojalá no hubiese pasado.*

—No era ahí precisamente donde quería llegar, sabía lo que hacía... Bueno, más o menos. Lo creas o no, esto va a poner patas arriba el mundo de los dos, pero espero recibir tu apoyo cuando las cosas se compliquen.

¿No eran complicadas ya suficientemente? ¿Cómo iba a decir a mis padres que fui a la ciudad un par de días y me casé con un desconocido?

—¿Qué puedo decirte? He crecido en una familia donde asumimos nuestros errores sean para bien o para mal. No puedo decirte que no tendrás mi apoyo, por que dije: sí quiero...

Él asintió y salimos del hotel. Dos tipos trajeados se colocaron detrás de nosotros. Eso me alarmó y le apreté la mano con fuerza.

*Ay Dios mío... ¿Y si me he casado con un mafioso? ¿Me harían daño? Socorro.*

—No te preocupes— Masculló quitándole importancia que nos estuviesen siguiendo.— Me alegro de que creas que me debes lealtad y apoyo, lo vamos a necesitar cuando mi familia descubra esto.

Le miré intrigada.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros mientras seguíamos caminando por las pequeñas calles de la ciudad en silencio.

—Tengo una familia complicada, única y muy importante... No les gustan los intrusos... Y ahora eres una.

Sentí como algo en mí se apagara. ¿Era una intrusa?

—Si sabías que no iba a gustarles... ¿Porqué te casaste con una "intrusa"?  
—Pregunté un poco dolida.

—Digamos que tengo un futuro al que no puedo rechazar... Me meten presión para que me case con una mujer a la que no puedo soportar... Me quedan unas semanas para que eso ocurra sin que yo me pueda negar y... Decidí elegir irme para despejarme... Vengo a otro país lejos del mío, intentando escapar de mi realidad, dispuesto a romper todo protocolo que se

han pasado años repitiéndome hasta que me lo aprendiera de memoria...— Se paró en seco obligándome a pararme también.— Entonces, estoy en un bar... Meditando sobre mis opciones cuando tu caes del cielo, literalmente, dándome todas las respuestas.

Le miré confusa y con gran interés.

—Ósea... ¿Te casas conmigo, una "intrusa", porque no quieres casarte con una mujer a la que odias?

Él asintió.

—Exactamente.

Suspiré.

—Vaya forma de empezar una luna de miel, sabiendo que eres la segunda opción de tu marido.

Chasqué la lengua y seguí caminando sin esperar que me siguiera.

## RUINAS

*Tan lejos de mi cuerpo...  
Y tan cerca de mi corazón.*  
Wesley Soares

—Espera...— Me frenó Thomas cogiéndome del brazo. Me volteé para mirarle a los ojos con cierta intranquilidad. ¿Debería mirarle de otro modo? Acababa de decirme no solo que era una intrusa, sino que también era su segunda opción. Vale, no me conocía de nada, pero vaya cabrón insensible.

—¿Has oído algo de lo que dije?— Su tono de reproche me hizo encogerme.

¿Por qué parecía enfadado conmigo si no había dicho más que la verdad? ¿Tanto le ofendía que una mujer fuera sincera con él? A ver, nunca fui la primera opción de nadie, tampoco esperaba ser la segunda ni la tercera mucho menos.

No había tenido tiempo para chicos en mi vida. Había estudiado para sacar las mejores notas posibles y luego ayudaba todo el tiempo en la granja y en la pequeña tienda de caramelos de mi tío Theodore. No me había pasado la vida sentada en una buhardilla anhelando tener algo que no tenía. No había jugado con muñecas, tampoco soñaba con ser Barbie Malibu, ni Cenicienta en mis horas vagas. Sabía quién era, y también sabía que no iba aceptar menos que ser la primera opción de la única persona con la cuál compartiría mi vida por siempre.

—He dicho que me tenía que casar con una mujer que no soportaba, en cambio, te elegí a ti. ¿No te das cuenta? Tendré que pagar muy caro por esto... Y espero no equivocarme contigo.

Me cogió de la barbilla y me miró detenidamente, buscando imperfecciones. Le aparté la mano cohibida.

—También espero no equivocarme contigo y que no seas sólo una jugarreta del Karma por haber matado a Dori.

Él levantó una ceja, curioso y divertido a la vez.

— Era una gallina... Tuve que matarla por necesidades...— Me callé y empecé a caminar otra vez.

Últimamente mi familia estaba pasando por serias necesidades de dinero. La granja ya no nos ayudaba a llegar a fin de mes, la ganadería nos había llevado a la quiebra y endeudado a mis padres hasta las cejas. Y que trabajara en la tienda del tío Theodore no me llegaba para todo lo que necesitábamos.

—Eres muy extraña— Musitó colocándose a mi lado.

—¿Gracias?

Él se rio y su risa se escuchó profunda y musical, me puso la piel de gallina.

—Me gustan las cosas raras... Suelen ser las más entretenidas.

Fruncí los labios, sin saber si tomármelo como un cumplido o no.

—Ven, te voy enseñar un sitio— Me cogió de la mano y me guió por una callejuela.

En aquella ciudad todas las casas eran modernas, bonitas y caras. Además tenía un paisaje tropical perfecto. Quitando la humedad, todo era sencillamente agradable. La callejuela por donde nos metimos nos llevó hacia una zona vieja de la ciudad y cuanto más avanzábamos más nos adentrábamos en las ruinas de lo que parecía una ciudad perfecta. A lo lejos había un castillo en ruinas y caminamos hacia allí. Vaya, ésta parte de la ciudad no la conocía, tampoco conocía tanto, la gran ciudad estaba a cinco horas de mi pequeño pueblo y sólo la había visitado un par de veces en toda mi vida.

Paramos delante de unos barrotes de hierro forjado.

—James— Musitó mi marido y uno de los tipos trajeados que nos habían seguido desde que salimos del hotel, se adelantó y empezó a trepar por los barrotes hasta dejarse caer al otro lado, dentro de las ruinas del Castillo.

—Está prohibido entrar aquí... Estoy casi segura—Desaprobé la hazaña que estábamos a punto de cometer. Meterse en un monumento histórico sin permiso nos podía costar al menos unos meses entre rejas

—¿Nunca has hecho nada prohibido?— Preguntó Thomas esperando que el tal James abriera la puerta. Si era que podía aún abrirse tras tantos años sin actividad. Esos barrotes eran demasiado viejos como para que cediesen.

—¿No?

Poco después, se escuchó un estruendo terrible y la puerta cedió. Miré a Thomas no muy convencida de lo que estábamos haciendo y me sonrió abiertamente en respuesta.

Nos adentramos al castillo, y el matorral presente, de estar años, podía que incluso siglos sin cuidarse, se veía feísimo. Seguí sus pasos allí donde pisaba. Hizo que James abriera algunas puertas más hasta que pudimos llegar

a unas escaleras que nos permitía subir a las ruinas de lo que algún día fue la torre del castillo. Una vez arriba, él señaló un punto a lo lejos y pude observar toda la ciudad, incluido el puerto y la playa.

—Vaya...

El sonrió satisfecho, como si diera por sentado que me había gustado su pequeña sorpresa.

—Si te parece precioso esto de día... No lo quieras ver de noche.

Sonreí de lado y apoyé mis manos en las piedras colocadas a perfección unas encima de otras hasta formar la torre.

—¿Cómo conociste este sitio? Creía que eras de otro país— solté después de un largo tiempo en silencio admirando las vistas de un plano extenso de la ciudad.

—Vengo aquí siempre que necesito despejarme de mi vida.

Levanté la vista hacia él, tenía la mirada perdida en el horizonte, parecía triste. Me acerqué a él y deposité mi mano sobre la suya. Él bajó su mirada a la mano que estaba sobre la suya y luego me miró fijamente. ¿Por qué siempre tenía esa mirada enigmática? Nunca se me había dado bien consolar a nadie, pero suponía que lo que contaba en todo eso era la intención.

—¿Qué eres? ¿Un famoso?— pregunté girando la cara para mirar a los dos tipos trajeados que estaban al fondo, apartados observándonos a través de sus gafas de sol.

—Sí, algo así... Digamos que soy el príncipe que cualquier mujer moriría por poner las manos encima— Se rio y luego me miró pícaramente.

Sonreí débilmente notando como se me subía los colores a la mejilla.

—Lástima, pobres mujeres...—Levanté la mano y señalé mi anillo de bodas.— ahora ya estás casado.

Eso le hizo reírse con más ganas, puse cara cómica y acabé riéndome también. Ese matrimonio no tenía ni pies ni cabeza, pero al menos me caía bien.

—Anda, vámonos... Paseemos por el puerto.

Y así lo hicimos, con tranquilidad mientras caminábamos y él me iba explicando alguna de las cosas que veíamos por el paseo. Parecía que se sabía todo sobre aquella pequeña ciudad. Era interesante, me parecía a mí que había huido más veces de la que quería admitir de esa tal realidad de la que tanto hablaba.

Escuché un grito conocido y a lo lejos vi a Serena pelearse con un comerciante.

—No me jo...— Dije bajito para al segundo siguiente salir corriendo a su encuentro.

## 5 LA LOCA

*Había llegado el momento de aceptar su sensualidad, su alegría, y sus ganas de sacar a flote sus más escondidas pasiones.*

Apocalipsis, Mario Mendoza

—¿Pero qué haces?— Casi chillé cuando llegué a la altura de Serena y el comerciante quienes estaban enzarzados en una pelea.

—Me quiere cobrar veinte pavos por esta mierda—Dijo señalando al típico regalo que se compra todo el mundo al que le gusta los imanes de decoración para nevera.— ¡Es absurdo!

—Serena, deja eso...

Ella me miró con cara de lunática y siguió peleándose con el pobre trabajador que intentaba ganarse unas monedas. Me daba miedo, pero no sabía qué hacer. Estaba loca, y no dejaría el pequeño imán de nevera porque yo se lo dijera.

—Prometí a mi madre que le llevaría un regalo de la ciudad y eso haré. ¿Me tomas por una mujer sin palabra?

Vi a Thomas reírse por lo bajo a mi lado y le miré con contradicción. No entendía que le hacía tanta gracia de todo aquel bochornoso espectáculo. Cogió una cartera de cuero de la americana y se sacó sesenta pavos y extendió al comerciante quien le miró con precaución.

—Que sean dos por favor, y quédese con el cambio, por las... molestias causadas.

Soltó el imán de la mano de Serena y ésta puedo respirar aliviada.

—No tienes por qué hacerlo...— Susurré a Thomas apenada de que se gastara dinero con las locuras de mi amiga.

—Sí que tiene porque hacerlo, dueña aguafiestas.

La ignoré.

—Gracias Thomas—Se lo agradecí educadamente por mi amiga.

El comerciante le pasó el otro imán y él me lo entregó a mí. Me lo quedé mirando unos segundos, era un precioso castillo victoriano. Quizá el mismo

castillo del que acabábamos de salir, solo que en sus mejores años.

El flash de una cámara por el rabillo del ojo llamó mi atención.

—James...— Gruñó mi marido y el tipo trajeado se dispuso a alejar al fotógrafo.

O sea que sí era famoso, genial. Me había casado con una celebridad, ahora nos iban a perseguir adónde fuéramos. Cada vez mejor.

Después del espectáculo que había montado Serena, fuimos a comer a un modesto restaurante en una de esas calles escondidas que solo encuentras si te pierdes por la ciudad. La comida estaba riquísima y mi amiga no se cortó ni un pelo a la hora de demostrar su amor por la comida de allí ya que repitió tres veces. Me sentía tan avergonzada por su actitud, que no sabía ni por dónde empezar a disculparme con Thomas. Desde luego Serena hacía que parecíamos dos vulgares pueblerinas que nunca salieron de su rancho. Me mataba de la vergüenza esa chica, si no fuera mi amiga la mataría.

De camino al hotel había unas cuantas personas vestidas como bufones de corte repartiendo folletos.

—Venid al baile anual de Morgan City, no os arrepentiréis— Decían una y otra vez.

Cogí el folleto y fui leyendo.

*Os invitamos a todos cordialmente a la fiesta anual  
de la hermosa Morgan City, no olvides de venir con  
tu mejor gala.*

*Y Bienvenido seas.*

—Vaya...— Susurré anonadada por la hermosura del folleto inmerso en hermosos colores cálidos y llamativos.

—Tenemos que ir— Declaró mi amiga.

—No.

—Tiene razón, tenemos que ir —La apoyó Thomas.

Abrí la boca para decir algo pero la volví a cerrar. ¿Qué podía decir a eso? Si mi marido quería irse de fiesta no era yo la que le dirá que no.

—No tenemos ropa...

—Sin problemas —Sacó una tarjeta *premium* de la americana y me la entregó.

Hice una mueca.

—No puedo aceptarlo.

Hice ademán de entregársela pero Serena me la quitó descaradamente.

—Si ella no quiere, yo sí.

Abrí la boca estupefacta, esa chica no tenía límites. Empezó a caminar hacia el centro.

—¡Serena!— Grité enfadada.

—No pasa nada, ve y cómprate algo bonito, quiero que estés despampanante.

Desvié la mirada de Serena a Thomas. Llevaba una hermosa sonrisa en la cara, le devolví la sonrisa y fui detrás de mi tan descarada amiga.

—Serena. ¿Cómo puedes ser tan cara dura?—Le solté cuando pude darle alcance.—Deja de comportarte así, me estás estresando. Ella se rio.

—No es mi culpa que no sepas disfrutar de esa maravillosa situación que te ha pasado— Me miró con recelo.—Si fuera yo, ya le habría fundido todas las tarjetas de crédito. Resoplé.

—La cosa aquí es que no soy como tú, ni ganas tengo, porque si es para comportarse como una cazafortunas, definitivamente, paso.

Ella volvió a reírse aún más.

— Lástima, pero no te preocupes, puedo serlo por las dos— Levantó la tarjeta y empezó a abanicarse con la tarjeta *premium* de Thomas.

Se la arrebaté sin miramientos.

—Vamos a comprar algo sencillo y nada caro, no te hagas ilusiones.

Ella hizo puchero pero la ignoré mientras entramos a una pequeña tienda de vestidos que había en el centro. Al principio no vi nada bonito, y al parecer Serena tampoco ya que no dejaba de decir:

—No, no, definitivamente; no.

Por el rabillo del ojo vi a James. Estaba al otro lado de la tienda mirándonos a través de sus lentes oscuras. No sabía bien por qué pero su presencia no me molestaba en absoluto. Dejé de fijarme en él y seguí mirando los vestidos de aquella tienda diminuta hasta que encontré un vestido rojo de hombros caídos con pequeños detalles de brillos por todo el vestido. Lo que más me encantaba era que llevara mangas, para esconder mis rechonchos brazos. Me enamoré de él enseguida.

Me lo probé pero la cremallera no terminaba de subir, solté un grito frustrado, de verdad tenía un grave problema a la hora de buscarme ropa, necesitaba adelgazar unos kilitos o no me entraría ni el saco de la basura.

Serena abrió la cortina del probador abruptamente, me miró con cierta preocupación y diversión en los ojos.

—Perdona señora... ¿Tendrá por acaso un corset?—Preguntó ella a la señora de la tienda intentando solucionar mi problema con el peso de más.

Cuando consiguieron ayudarme a poner el corset no conseguía ni respirar, pero oye, el vestido soñado cupo en mí, y mismo sin respirar casi, fui feliz.

**LA FIESTA**

*Eres mi viento a favor.*

Benjamin Griss

Después de encontrar esos vestidos tan preciosos y vintage a precios baratísimos, volvimos al hotel con intención de arreglarnos para la fiesta, tenía pensado volver con Serena al viejo y mugriento hotel en el que nos hospedamos el primer día pero James nos condujo al de Thomas. Al parecer mi marido era tan generoso que había pedido una habitación a mi mejor amiga en la misma planta, lo que me llevó a pensar durante todo el camino de vuelta si Thomas de verdad era tan generoso o solo quería impresionarme. Al fin y al cabo no todos los días te casas con la primera desconocida que se te cae borracha encima. ¿O sí?

Serena y yo nos adueñamos del baño durante casi tres largas horas. A pesar de tener unos vestidos de infarto, porque debo recalcar que el mío era hermoso (aunque no fuera sexy en mi cuerpo algo rellenito), me quedaba bastante bien. Como no era una persona que solía maquillarse, ya que en el rancho de mis padres no había ninguna necesidad de ello, me puse a merced de Serena. Y mismo sin confiar en ella del todo, intenté despreocuparme.

La conocía bien, seguramente me dejaría fea a propósito para que ella fuera el centro de las atenciones pero aun así no me importaba. Prefería mantenerme apartada del foco de interés. Al final me había echado un poco de base, me había puesto pestañas postizas y poco más.

Por primera vez, en toda mi vida, al mirarme al espejo me sentí la mujer más hermosa del mundo. No me importaron mis rechonchas mejillas, mis regordetes brazos... Simplemente estaba preciosa y todo gracias a Serena, la causante de todos mis dolores de cabeza pero a la vez también mi salvadora.

Después de que ella estuviera lista, James nos condujo hasta el coche y nos llevó hasta la fiesta. Al parecer mi marido debía acudir antes que nosotras por eso no nos acompañaba. Cuando llegamos a la fiesta me quedé maravillada, parecía el palacio de mil y una noches. Nos bajamos mientras yo seguía admirando las vistas. Los focos de luces atenuaban la noche y daba un aspecto misterioso al panorama.

Oí la voz de Thomas y eso me produjo cosquillitas en los dedos de los

pies. Lo sé, debería ser en la tripa, lo sé, lo sé, pero a mí me hacía cosquillas en los dedos de los pies. Era el ser más extraño del universo.

—¡Vaya! Dos bellas damas.

Me giré hacia él y sonreía dando a entender que sus palabras eran ciertas. Serena le dedicó una sonrisa radiante y luego se alejó para adentrarse a la fiesta. Desde fuera se oía el melodioso sonido de un violín.

—¿Lista my lady?— Preguntó él sin dejar de sonreír. Eso me hizo sonrojar bajo todas aquellas capas de maquillaje.

—Claro.

Extendió su brazo hacia mí y lo acepté. Iba vestido en un traje color azul medianoche que le sentaba de miedo.

Antes de que pudiéramos dar un paso más James apareció con dos mascarás y nos la pusimos. Me sentía ridícula teniendo que ocultar tan bello maquillaje, pero no rechisté.

La entrada estaba custodiada por dos miembros de seguridad, los cuales también se unían a la temática de las máscaras. Antes que pasáramos nos inclinaron la cabeza. En ese entonces supuse que allí la gente inclinaba la cabeza para todo, debería intentarlo también, quizá hiciera un par de amigos.

Dentro olía a jazmín, todas las paredes estaban decoradas con papel tapiz rojo dando al ambiente un toque clásico y romántico. La araña de cristal enviaba destellos hacia todas las direcciones. El suelo perfectamente pulido relucía todas las sombras que proyectaba los demás.

Había mucha gente, como ya era de esperar, siendo la fiesta de la ciudad nadie podía faltar. Alrededor de toda la sala había varias mesas decoradas con plumas y jarrones de flores violeta, donde la gente pudiera sentarse a entablar conversación. Bastante chic.

Thomas me fue presentando a algunas personas que nos encontrábamos por el camino, aunque rápidamente me olvidaba de sus nombres. Tenía una mente bastante volátil a la hora de aprenderme los nombres de algunas personas, y más cuando estaba centrada en enterarme si me presentaba como su mujer o una amiga. En ningún momento usó ninguno de esos términos, simplemente me presentaba como Alexandra Baker.

Mientras él se dedicaba a estrechar manos, me percaté de que no llevaba su anillo de bodas, lo que me hizo sentirme ligeramente dolida y defraudada, pero me tragué mi orgullo y fingí que no pasaba nada. No iba empezar mi matrimonio con una discusión tonta.

Repasé el sitio con la mirada y encontré a Serena en la barra de bebidas.

Me excusé con Thomas y con quién estaba entablando una conversación y fui hacia ella.

—Se avergüenza de mí.

—¿Qué dices?— Preguntó ella con la boca llena de aceitunas.

—No lleva su anillo y tampoco me presenta como su mujer... ¿Crees que fue por qué no elegí el vestido adecuado? ¿Me maquillé demasiado? —Oí a mi amiga resoplar.

—No creo que se avergüence de ti, simplemente no quiere que nadie sepa que está casado.

Me crucé de brazos y miré a las demás mujeres. Todas altas, delgadas, con hermosos vestidos de alta costura, preciosos peinados y deslumbrantes joyas. No llevaba joyas... ¿Sería eso?

—Pues yo sí quiero que sepan que estoy casada—Murmuré, le arrebaté su cóctel y me lo bebí de un sorbo. —No veo nada de mal en eso.

Ella se rio de mí y pidió otra bebida.

—Eso es porque eres la mojigata Alexandra Baker, la chica a la que enseñaron que casarse resolvería todos sus problemas... Pero despierta cielo, en la vida real, la gente esconde cosas. En vez de preocuparte por si quiere que sepan si está casado o no, averigua por qué todos le hacen una reverencia y le tratan como a un jodido príncipe.

Solté un resoplido. Sinceramente en aquella ciudad tenían formas muy rara de tratar a la gente rica. Como si fueran los dueños del mundo y les debieran lealtad ante todo.

—La verdad es que parece un príncipe vestido así... ¿Crees que he tenido suerte en caer en su regazo la otra noche?— Busqué con la mirada a Serena pero ya no estaba a mi lado.

¿Dónde diablos se había metido ahora? Solo rezaba para que no hiciera de las suyas y nos viéramos obligadas a abandonar la fiesta por que acabara discutiendo con alguna mujer que llevase un vestido parecido al de ella.

—¿Quieres bailar?— una voz masculina a mi espalda me hizo volverme. Era un chico pelirrojo que llevaba una máscara sencilla y un traje de igual sencillez color plateado.

Miré en dirección a Thomas pero seguía enfrascado en una conversación con el tal gobernador de no sé donde y de nombre que ni en un millón de años podría recordar.

—Claro, por qué no.

El chico me cogió de la mano y me arrastró hacia la pista de baile.

Bailamos una canción mientras hablábamos. Era muy simpático, se llamaba Dornan. Era de allí y trabajaba en una pequeña cafetería del centro, y curiosamente, también era la primera fiesta de aquella clase que acudía.

Íbamos a bailar la siguiente canción cuando Thomas apareció de la nada sobresaltándome.

—Perdóneme caballero, pero ahora es mi turno.

Dornan asintió haciéndonos una pequeña reverencia tanto a él como a mí y se fue.

—¿Siempre aceptas bailar con desconocidos?— Puntualizó mi marido lo evidente mientras me rodeaba con sus brazos para empezar a bailar una lenta canción de piano y arpa.

—No sé Thomas, fui capaz de casarme con un completo desconocido, bailar no sería menos.

Él se rio y me miró a los ojos a través de su máscara dorada con toques negros.

—Desde luego, no dejas de sorprenderme princesa.

**VOLVER A CASA**

*Si en algún momento le grito al mundo entero que el amor vale una mierda,  
no me crean, seguramente alguien me hizo daño.*

Yerko.

La fiesta fue divertida, bailé más que en toda mi vida, no solo con Thomas, sino con varias personas. Incluso me enseñaron el baile de la región. La gente se mostraba gentil y servicial.

Cuando nos fuimos al hotel a descansar no había rastro de Serena, aunque conociéndola, no debería sorprenderme. Yo me sentía levemente acalorada por el alcohol pero seguía en pleno uso de mis facultades, para recordar cualquier detalle de aquella noche.

—¿Alguna vez te han dicho que eres preciosa?

Me reí un poco y le miré con la cabeza ladeada.

—Solo tú.

Me besó la punta de la nariz y sonrió para luego abrir la puerta y así poder meternos a la suite.

—Pues para mí una princesa siempre será verdaderamente preciosa, aunque tú, llegas a ser hermosa.

Me sonrojé y le di un leve empujón. ¿Tanto había bebido para decirme esas cosas? Oh venga, era regordeta, pálida como la nieve.... No había nada de “hermoso” en mí. Entre risas provocada por nuestro mejor amigo: el alcohol, nos fundimos en un acalorado beso.

Recordaba muy bien como nos deshicimos de nuestras prendas de ropa, entre besos, caricias y apretones aquí y allá. Me llevó hasta la cama y me tumbó sobre ella con suma delicadeza. No era como las típicas películas románticas que había visto, donde el tipo la arrojaba a la cama sin miedo a romperla, no. Él era delicado, quizá un poco más delicado de lo que realmente me hubiera gustado que fuera.

—Una verdadera mujer siempre le hará el amor a su marido después de una noche como ésta.

—Supongo que caerme en tus brazos ha sido un gran indicio de ello.

Y sin hablar más, se abalanzó sobre mi como un felino sediento de sangre,

aunque en su caso era más sediento de... ¿Amor? ¿Lujuria? No sabría decirlo. Y sin preámbulos, me hizo el amor durante un largo rato, pero, por raro que pareciera, no sentí ninguna clase de placer en hacer el sexo. Quizá lo que más me excitara fueran sus besos por mi cuello debido a su aliento y a su barba que me rozaba la piel.

—¿Te he hecho daño?—Preguntó al verme hacer una leve mueca.

—No.

La verdad era que me escocía mis partes íntimas, y me sentía levemente decepcionada. ¿Dónde estaban los fuegos artificiales que prometían en todas esas novelas románticas que robaba a mi madre para leer a escondidas?

Ya me parecía a mí que describían algo demasiado perfecto como para serlo, y más en tu primera vez.

—Tranquila, todo mejora con el tiempo.

Según él, al no ser una experta en relaciones íntimas podía ser algo normal. No siempre se consigue tener un orgasmo en la primera relación sexual. Aún así me sentí mal por él, por más que se pudiera ver bien y sonriente no me hubiera gustado estar en su piel. Que su propia mujer no hubiera sentido placer al tener relaciones sexuales con él debería ser humillante, o al menos eso quería creer.

—Deja de disculparte, no es culpa tuya, estoy bien, estamos bien.

Después de un buen rato intentando disculparme con él por no haber sido "perfecta" en nuestra primera vez, acabé durmiéndome. Al menos no parecía molesto conmigo, lo que era un buen comienzo.

A la mañana siguiente tocaba volver a casa y explicar todo lo ocurrido a mis padres, lo más seguro era que no se lo tomaran tan bien. Eran muy religiosos. Seguramente me echarían la del siglo por haberme ido a una discoteca y casado con el primer hombre que se me apareció por delante. Ellos me imaginaban casándome ante los ojos de Dios Padre Todo Poderoso, no podía culparles, eran mis padres y querían lo mejor para mí. Pero no... Otra vez estaba metida en problemas por escuchar a la loca de mi mejor/peor amiga. Esa chica me iba a llevar a la muerte súbita, incluso antes de que me diera cuenta.

Cuando me desperté Thomas no estaba, me incorporé en la cama aún desnuda y suspiré. ¿Se habría enfadado y había decidido huir? Bueno, fuera como fuese, siempre podía olvidarme de esto y hacer que nunca pasó. Si me iba sin verle olvidaría por completo este fin de semana, en primer lugar porque desde el principio había sido una equivocación del destino no mía.

Me levanté despacio ya que me dolía un poco las paredes vaginales y me fui al baño a darme una ducha. Las bolsas con ropa que Thomas compró para mí seguían allí. Abrí una bolsa, cogí un pantalón, una camiseta negra y me vestí. ¿Cómo sabía mi talla? Ni idea, pero me alegraba, ya que no tenía ninguna ropa que ponerme inmediatamente.

Busqué mi móvil y llamé a Serena pero no lo cogía. Volví a llamarla sintiéndome inquieta caminando de un lado a otro. Las tres llamadas restantes cayeron en el buzón.

Suspirando, fui a la habitación y busqué un papel en el que escribir un mensaje a Thomas diciéndole que debía irme. Era cierto, debía irme, mañana entraba a trabajar temprano en la tienda de mi tío Theodore y no podía faltar al trabajo por mucho que el dueño fuera mi tío, debía presentarme a la misma hora de siempre, debía pensar primero en mis responsabilidades.

En la nota que dejé también le apunté mi número y dirección por si decidiera contactar conmigo. Tal vez después de todo, quisiera enviarme la hoja del divorcio y que ambos nos olvidásemos del tema. A saber...

Cogí mi pequeño bolso y me fui del hotel con la firme intención de irme a la estación de autobuses de la ciudad. Debía coger el autobús de las once en dirección a mi pequeña ciudad. Con suerte llegaría para la cena y todo habría sido solo un lindo sueño cuando me despertara.

**¿THOMAS?**

*Pero desnudez va más allá que solo quitarse la ropa.*

Yess Corn

Llegué a casa cerca de las cinco. Mis padres seguían en la iglesia con que aproveché para hacerles la cena y limpiar un poco la casa, que, aunque no estuviera desordenada ni sucia, me serviría de pretexto para evitar pensar en Thomas.

¿Qué pasará cuando lea mi nota? ¿Acaso la leerá siquiera? Suspiré y abrí el bolso para comprobar si había llamadas tuyas, pero al sacar todo del bolso y darme cuenta que no estaba me quedé paralizada. ¿Cómo que no estaba el móvil? ¿Dónde lo había dejado? Hice memoria y saqué la conclusión de que había estado con él en todo momento dentro del autobús.

*Oh Dios mío, he dejado el móvil en el autobús.*

Era un carcamal pero era el único que tenía, y ahora pasaría una eternidad hasta que yo pudiera tener otro, por muy antiguo que fuera.

Maldije en silencio cuando oí el coche estacionarse en la entrada, dejando a un lado el incidente del móvil, empecé a colocar la mesa. La primera en entrar a casa fue mi madre, quien iba vestida con una falda larga por debajo de la rodilla y una camiseta color marfil.

—Hola cariño ¿Qué tal el viaje?—Me dio un beso en la frente y se situó donde solía sentarse siempre.

—Realmente agotador.

Luego entró mi padre, quien iba en traje antiguo y algo desaliñado.

—Por fin está aquí mi princesa.

Me dio un beso en la mejilla como mi madre. Le sonreí dulcemente y nos sentamos en la mesa para cenar. Había hecho sopa de guisantes. Primero bendecimos la mesa y luego comimos tranquilamente y en silencio.

—¿Qué tal fue tu paseo por la ciudad?

Me vi tentada de contarles toda la verdad, pero al verles tan contentos

mirándome por haber vuelto a casa sana y salva no pude. De todas formas, si lo hacía, ellos me harían ir detrás de Thomas, y sinceramente, no tenía ninguna intención de hacerlo.

No tenía claro lo que había podido significar este fin de semana para él, pero para mí estaba en la lista de cosas posiblemente para olvidar. Oh vamos... Sólo había sido una equivocación por borrachera. No podía llevar esa equivocación por el resto de mi vida, ya me encargaría de pedir perdón a Dios.

—Diferente, divertido, interesante...—Mientras decía estas palabras me acordé de Thomas. ¿Tendría la misma intención de olvidar el fin de semana como yo?

—¿Diferente?—Preguntó mi madre intrigada.

Asentí sonriente.

—Fuimos a un baile de máscaras en la región. Todo era hermoso mamá, parecía un sueño—Hice énfasis en *sueño* y ella se rio tan emocionada como yo.

—¿Y no habrás cometido ningún pecado ante los ojos de Dios verdad hija?—Preguntó mi padre serio.

Se me borró la sonrisa y tragué duro.

—Oh Roger, no seas aguafiestas...—Le regañó mi madre aún animada, haciéndome sonreír nuevamente.

Terminé de contarles mis hazañas por la ciudad sin mencionar a Thomas y luego me fui a casa a dormir.

No vivía exactamente con mis padres, vivíamos en el mismo terreno, pero al final de la finca había un pequeño cuartito que llamaba hogar. Tenía veintitrés años y lo último que quería era privar a mis padres de su intimidad, además también era un pretexto para seguir al lado de casa sin abandonarles del todo.

Encendí la luz del cuartito y vi al señor Rufus tumbado sobre mi cama. El señor Rufus era un gato la mar de gruñón y territorial que creía que mi choza era suya y yo era una simple invitada que le jodía echándole de su cama. Le eché y maulló seguramente maldiciéndome.

Soñé que Thomas era un famoso de Hollywood, un actor bastante cotizado y con buena fama entre las jovencitas de hoy día, que hacían lo que fuera por sus quince minutos de fama. Yo era una fan más que le admiraba de lejos, hasta que un día me vio, se acercó y me preguntó:

—¿Cómo se llama joven dama de mejillas sonrojadas cual una flor al

abrir?

Sonreí tímidamente y le dije mi nombre, luego me besó la mano con una pícaro sonrisa y se esfumó como una cortina de humo.

El sonido del despertador me sobresaltó, lo apagué y me levanté estirando cada músculo de mi cuerpo como siempre solía hacerlo. Sonreí ampliamente, y aún con legañas en los ojos, caminé el corto caminito hasta casa de mis padres para desayunar. Poco antes de llegar a la puerta trasera pude percibir el aroma a café que mi madre solía hacer todas las mañanas a mi padre desde que tenía uso de razón. Sonreí añorando ya los desayunos en familia. Empecé a subir las escaleras que daban al salón para luego ir a la cocina.

Vi al señor Rufus venir hacia mí.

—Buenos días señor Rufus.

Maulló en respuesta y siguió su camino ignorándome. Me reí por lo bajini y seguí mi camino hacia la cocina. En cuanto puse un pie en la puerta y vi a mis padres sentados con un invitado se me fue la vida.

Thomas estaba sentado en mi sitio hablando con ellos y mi madre sonreía amablemente mientras le vertía un poco más de café en la taza. Me quedé sin aliento.

—Alex— Me saludó mi padre sin ninguna chispa de humor en la cara.

Los otros dos me miraron y sentí el impulso de salir corriendo, pero, siendo la mujer responsable que era, no iba a huir de mis problemas, y menos si se presentaba enfrente de mí tan bruscamente.

—¿Thomas que haces aquí?— Fue lo único que se me ocurrió decir en aquella situación tan tensa donde mi padre obviamente quería matarme y mi madre parecía tan encantada.

—No contestabas al móvil.— Hizo un gesto con las manos—No tuve otra opción.

Mi padre negó con la cabeza, se levantó lentamente y vino en mi dirección. Hizo además de decir algo pero se lo pensó mejor y se fue.

—Papá.

—Déjalo cariño, ya se acostumbrará.

Suspiré sintiendo como si se me formara un nudo en el estómago. Miré a mi madre y a mi marido.

—Mamá, yo no quería mentiros es solo qué...

Mi madre levantó una mano interrumpiéndome.

—Todo ocurre por alguna razón, si Dios te metió en el camino de este hombre —señaló a Thomas quien siguió sonriendo afablemente a pesar de

verme fatal ante aquella situación—. Es por algún motivo.

## POR ELLA

*Si me vas a amar, hazlo con vientos huracanados, con torbellinos de toxicidad y con vorágines de locura.*

Benjamin Griss

El desayuno fue algo incómodo para mí, pese el entusiasmo y aprobación por parte de mi madre. Que mi padre estuviera molesto conmigo me hacía sentir mal.

Nunca les había ocultado nada, y menos sobre un chico, sobre todo porque en un pueblo tan pequeño, lo último que podría ocultar era que me gustara alguno de sus patanes.

—Bueno, yo me tengo que ir a trabajar, el tío Theo estará preguntándose dónde me he metido...

Mi madre levantó la mano nuevamente para interrumpirme.

—Estoy segura de que tu tío sabrá entenderlo.

Me mordí el labio nada convencida. Lo último que iba hacer era descuidar mis responsabilidades para poder estar todo el día en casa con Thomas y mis padres. Y menos cuando mi padre me había matado con su mirada más gélida.

—Lo siento mamá, pero tengo que irme. Ya volveré para la comida...

En cuanto me levanté, Thomas hizo lo mismo, como si nos hubiéramos sincronizado. Le miré algo desorientada por su gigantesca sonrisa hacia mí.

—Te acompaño.

—No hace falta...

Mi madre se levantó y me miró molesta.

—Claro que hace falta, es tu marido, enséñale lo poco que tenemos por aquí. Si fue capaz de enamorarse en un día y medio de ti, seguramente se enamore también de nuestra pequeña ciudad.

Thomas se giró hacia mi madre con la misma sonrisa, le cogió de la mano y depositó un beso en el torso de su mano. Eso me hizo levantar una ceja algo confundida, sus acciones me parecían más típicas de un hombre de los años veinte que del año dos mil dieciséis. Me despedí de mi madre con la mano y me dirigí hacia la entrada mientras Thomas me pisaba los talones.

Él parecía mucho más suelto y contento con aquella situación que yo. Me

sentía pequeña, insignificante y decepcionada por mi propia estupidez de no haberles contado lo sucedido nada más llegar a casa. Pero en mi defensa, si esta es posible, diré que jamás esperaba que Thomas me viniera a buscar... sobre todo porque realmente creía que se arrepentiría de lo que estaba pasando tanto como yo.

Debía ser pecado pensar que todo había sido una jugarreta del destino o de la borrachera, pero ahora éramos marido y mujer, y, quisiera o no, iba a tener que aceptarlo y acatar las consecuencias que se nos pusieran por delante.

James se encontraba fuera apoyado contra la puerta del conductor con aire ajeno. En cuanto nos vio, se irguió, y cruzó sus brazos en la espalda.

—No vamos a ir en coche—Lo dejé claro antes de que Thomas pudiera convencerme de ello.

Era un pueblo demasiado pequeño como para tener que ir en coche a todos lados, además, un coche como aquel llamaría la atención de todos los pueblerinos y eso era lo último que quería en aquellos momentos.

—Lo que tú quieras preciosa.

Suspiré y le miré. Seguía sonriendo como un idiota, y por alguna razón eso relajó la tensión que llevaba conteniendo en mi interior desde el momento que mi padre me miró de aquella forma.

Empezamos a recorrer el camino de tierra que nos conducía hacia el centro del pueblo. Miré hacia atrás para ver como James venía detrás de nosotros pero a lo lejos. Era como si quisiera darnos intimidad o algo por el estilo.

—¿Por qué viniste detrás mía?

Thomas bajó su mirada hacia mí y su semblante se puso automáticamente serio.

—Eres mi mujer. ¿Qué esperabas? ¿Que huyera de mis obligaciones como un forastero?

Se paró en seco obligándome a hacer lo mismo.

—Yo...

—La forma en que te fuiste del hotel fue muy cobarde, pero no he venido aquí a echarte nada en cara. Solo quiero estar donde tú estés, porque yo te prometí un "para siempre" y soy un hombre de palabra.

Su para siempre se me coló dentro provocándome pequeños calores en el vientre. Di un paso hacia él, y como una damisela en apuros del siglo XXI me lancé a sus brazos y uní nuestros labios sin esperar que reaccionara.

Aunque hubiese decepcionado a mi padre por haberme casado con alguien completamente ajeno a nuestras vidas y de forma improvisada, ahora allí, en

los brazos de Thomas, pensaba que aquello podía ser todo menos una equivocación.

Le llevé a mi trabajo en la tienda de caramelos del tío Theodore. Nada más conocerle le miró con cierta desconfianza, aunque ese acto era algo totalmente normal cuando veía a alguien de fuera. A medida que transcurría el día, como no había mucho movimiento en la tienda, mi tío y Thomas fueron entablando conversación y acabé descubriendo que había sido campeón tres veces consecutivas en el torneo de ajedrez de su país. Eso llevó que mi tío le retara a una partida para el día siguiente.

A las tres nos fuimos a casa a comer y nada más entrar en la finca me di cuenta de que algo no iba bien. El banquero estaba en la entrada hablando con mi padre casi a voces, mientras que mi madre se mantenía a su lado llorando y pidiendo piedad.

—Oh, no.

Eché a correr hacia allí, lo que hizo que Thomas reaccionara de inmediato corriendo detrás de mí.

—¡Mamá!

—Cariño... nos van a quitar la casa...— mi madre me abrazó entre lágrimas con fuerza.

—¿Qué? Pero si aún nos queda tiempo...

Thomas me miró interrogante, pero al ver que no contestaba, se dirigió hacia donde estaban el banquero y mi padre y se metió en la conversación.

—¿Cuánto?

Mi madre me dejó de abrazar y ambas los miramos.

—¿Cuánto qué?—El banquero le miró confundido y casi decepcionado. Era obvio que nos quería quitar la casa sí o sí.

—¿Cuánto le deben?

Hubo un gélido silencio mientras nadie parecía entender a Thomas y su acento cerrado.

—Sesenta mil....—Susurré casi sin pensarlo.

—Bien...—Metió la mano en su americana y sacó su talonario.

—No acepto cheques.

El banquero le interrumpió alzando la mano en negativa.

—Bueno entonces no tendrá ningún inconveniente en venir mañana a por su dinero, y dejarlos en paz.

El banquero miró a mi padre y luego asintió para irse. Parecía muy decepcionado por el hecho de no quitarnos la casa como tenía planeado.

—No aceptaré que hagas eso.—La voz de mi padre era dura y fría.  
Se me cortó la respiración al instante mientras veía como se miraban.

—No lo hago por usted, lo hago por ella.

Ambos se giraron para mirarme seguido de mi madre. Los colores se subieron a las mejillas al instante dejándome sin aliento una vez más.

10  
PADRES

*Eres tan alto como tu corazón te lo permita y tan pequeño como el mundo te lo haga ver.*  
Chris Drew.

A mi padre no le gustaba ni un pelo que un desconocido viniera y nos ayudara sin ningún motivo aparente. En cambio mi madre estaba la mar de encantada de que mi "príncipe azul" llegara y nos rescatara de ser desahuciados.

Y yo, en cierta forma estaba bastante aliviada. Mis padres podrían seguir manteniendo la casa, y yo, bueno yo tenía a Thomas, quien al parecer se mostraba encantado y sorprendido con cada cosa que le resultaba nueva.

Esa noche hice la cena en casa de mis padres y Thomas mostró mucho empeño en ayudarme, mismo sin tener la más mínima idea de que hacer. Era divertido verle llorar a mares por cortar una cebolla. Aun así me alegraba de que estuviera allí ayudando. A quien no le hacía mucha gracia todo aquello era a mi padre, pero, según mi madre, solo necesitaba tiempo para asimilar todo y definitivamente confiaba en mi madre al cien por cien.

Después de una cena apetitosa, decidí que era hora de que fuéramos a mi casa. Ese pequeño cuartito al fondo de la parcela de mis padres que me empeñaba en llamar hogar. Papá había insistido que Thomas se quedara a dormir en mi antiguo cuarto, pero mamá se negó y así nos ayudó a estar juntos.

—¿Aquí es dónde duermes todos los días?—Preguntó Thomas con aire horrorizado.

A ver, no era un cuarto de cinco estrellas como el del hotel, pero no se veía nada mal.

—Sí. ¿Acaso no te gusta?

Él dudó entre si responder o no.

—Demasiado... desalentador... ¿No podemos ir al hotel donde se hospedan los chicos?— su tono parecía casi miedoso.

—No Thomas, yo dormiré en mi cama, aquí, en este cuchitril, pero tú puedes ir a donde quieras, que estemos casados no te quita tu libertad en nada.

Él se cruzó de brazos y me miró serio. Estaba más que claro que mis palabras no le habían agradado pero era problema suyo si decidía irse. No

pensaba abandonar mis aposentos para agradecerle. Él fue quien vino hasta aquí y decidió quedarse. Yo no le había obligado a nada.

Empecé a quitarme la ropa para ponerme el pijama sin tener muy en cuenta su presencia. Me sentía agotada. Había sido un día duro y podía ver las preguntas en los ojos de la gente mientras nos veía caminar de camino a casa. Seguramente preguntándose quién era y a qué había venido. El rumor se extendería y todo sería un auténtico caos... ¿De todas formas por qué me importaba tanto lo que pensarán los demás?

—¿Puedo dormir contigo?— preguntó Thomas a mis espaldas colocando sus manos en mi cintura desnuda.

Tragué duro al sentir el calor de sus manos en mi piel fría.

—Claro.

Me alejé de su contacto y vestí la camiseta del pijama con rapidez.

—Alex, no voy a tocarte si tú no quieres o si tu no me lo pides... no tienes porque huir de mí siempre que me acerco.

Me quedé callada. No huía, solo tenía miedo de que conociera mejor mi vida y luego se fuera. Al final todos se iban. Todos se querían ir de aquel pueblo... ¿Por qué querría quedarse él?

—No huyó de ti... solo quiero ir poco a poco...

Él asintió formalmente como solo él sabía hacerlo y supe al instante que estaba irritado. Se quitó la camisa, y luego el pantalón y se tumbó sobre el colchón mullido solo en calzoncillos.

Poco después el señor Rufus apareció maullando y se subió en la cama junto a él. Al principio se quedó mirándolo con mala cara, pero luego le acarició. Eso me hizo sonreír, apagué la luz y me tumbé junto a él.

—Le caes bien a mi madre...— murmuré.

—Tu madre es una señora muy agradable y tu padre...

—Cambiará de opinión, dale tiempo.— le corté y busqué a ciegas su cuerpo para apoyarme en él. Como siempre, tenía el cuerpo a una temperatura más elevada que la mía. Eso era tan confortable.

—Esperemos que sí, pero tiene pinta de ser un hombre bastante cabezota. En eso se parece al mío.

Me quedé en silencio un buen rato pensando en lo que había dicho.

—¿Cómo son tus padres? Nunca me hablaste de ellos.

—Son gente muy... no los entenderías. Viven en un mundo completamente paralelo al tuyo. Piensan de forma distinta y, a veces, pueden ser bastante cabezotas con las decisiones que quiero tomar con mi vida.

Me acarició la espalda, pasando los dedos sobre la fina tela de mi pijama.

—¿Tus decisiones? ¿Cómo qué?

Él se rio y negó con la cabeza.

—Por ejemplo... jamás habrían aceptado mi decisión de quedarme a dormir en este cuchitril que llamas tú por "hogar"...

Levanté la cabeza un pelín ofendida.

—¿Quieres decir que tus padres son unos estirados?

—Se puede decir que sí, Alex.

El señor Rufus maulló otra vez y luego caminó por el colchón hasta encontrar un hueco entre ambos.

—Bueno... no sé yo si quiero conocerles...—Dije insegura.

Le oí respirar profundamente y luego me acercó un poco más a su cuerpo.

—De momento, lo mejor que nos puede pasar es que mis padres no sepan de tu existencia... siempre he estado de acuerdo en que la felicidad que se disfruta en silencio, dura más.

**EL PERIODICO NO MIENTE**

*Yo no soy como otras personas.  
Me estoy quemando en el infierno.  
El infierno de mí mismo.*

Charles Bukowski

A la mañana siguiente, cuando nos levantamos para ir a casa de mis padres a desayunar, el coche negro de los guardaespaldas de Thomas esperaba en la entrada y con mucho pesar me dijo que debía ausentarse unas horas. Evité preguntar los motivos por el que debía marcharse, no quería parecer una cotilla ni una controladora con que de momento todo lo que quería hacer era dejarle el mayor espacio posible y ya si quisiera contarme algo que lo hiciera por su propia voluntad.

Por la noche, habíamos mantenido una conversación bastante rara, y con ella saqué la conclusión de que no tenía pensado presentarme a sus padres. Quizá se avergonzara de mí y/o de mis orígenes. Eso de verdad me dolía pero prefería reservarme mis sentimientos contradictorios. No quería presionarle para que hiciera o dijera nada de lo que no quería.

—Hola papá, hola mamá. — Dije animadamente a una cocina vacía.

Miré extrañada el desayuno de la mesa y fui a buscar a mis padres quienes obviamente no estaban donde debían. Fui hacia el salón y allí estaban.

—Buenos días.

—Ves, te lo he dicho...

Mamá y papá miraban una hoja de periódico y en cuanto me vieron mamá lo escondió detrás de sí.

Levanté una ceja confusa. ¿Qué estarían escondiendo?

—¿Qué es eso?

Mis padres intercambiaron una mirada que no fui capaz de interpretar y me acerqué. Algo no parecía ir muy bien aquella mañana. Primero mi marido tiene que irse a toda prisa y ahora estos dos me ocultaban algo. ¿Seguía soñando? Porque para mi diminuto cerebro no había otra opción.

—Enséñaselo.

—No.

Di otro paso hacia mis padres cada vez más confusa.

—¿Enseñarme qué?

Mi madre abrió mucho los ojos y luego ladeó la cabeza hacia mí.

—No.

Papá soltó un bufido y arrebató lo que mi madre escondía detrás de ella y me lo tendió. Por la cara de miedo que puso mi madre dudé demasiado tiempo en si coger el periódico y leerme lo que ellos intentaban ocultar.

Al final lo cogí y en cuanto lo miré vi a Thomas. Un poco más confusa que segundos atrás volví a mirar a mis padres en búsqueda de respuestas. ¿Qué hacía Thomas en el periódico? Volví a mirarlo y en letras grandes ponía:

*El príncipe Thomas Price de Diamound tendrá el honor de pronunciar el discurso principal del premio de niños autistas con talento en Bellas Artes...*

—¿Qué es esto?— pregunté estupefacta.—¿Cómo qué Príncipe...?

Mi madre se levantó y vino hacia mí.

—Cariño...

—¿Es por eso que habla tan finamente y no quiere que conozca a sus padres? ¿Por qué no soy de la realeza como él?

Mi madre depositó sus manos sobre mis brazos intentando que le hiciera caso.

—Cariño escúchame.

—¿Por qué me mintió?

Mi padre se levantó, se cruzó de brazos y nos miró con cara de mosqueo. ¿Y ahora por qué diantres estaba mosqueado?

—Ahora eres una princesa, tienes que comportarte como una.

Abrí la boca formando una perfecta O. ¿Una princesa? No, no, solo me había casado por error con el Príncipe de algún sitio que parecía demasiado importante como para aparecer en el periódico nacional.

—No quiero ser una jodida princesa.

Me deshice de los brazos de mi madre con más brutalidad de la necesaria y tiré el periódico lejos de mí antes de salir corriendo sin rumbo fijo.

## NO SOY UNA PRINCESA

*Separados por una tormenta pasajera  
nos juntamos nuevamente.*

Charles Bukowski.

Me sentía tan enfadada y defraudada por no haberme dado cuenta de todo antes. Todos le trataban como si fuera un Dios o algo por el estilo. Debería haberme dado cuenta en el baile, cuando todos le hacían la reverencia y le hablaba con suma educación y prestigio.

*Que tonta soy, que tonta fui.*

Le dejé engañarme perfectamente. Pero no le culpaba en ese aspecto, porque sabía muy bien lo ingenua que yo podía llegar a ser. Me había emborrachado el día de mi cumpleaños, me había casado con un completo desconocido que había resultado ser el Príncipe de un país vecino, y para colmo no recordaba nada del día de la boda. Esto tenía que ser una broma de muy mal gusto por parte del Karma.

Sabía muy bien lo que implicaba ser una princesa. Había visto demasiadas películas de Disney para hacerme una idea de que iba a tener que renunciar a toda mi vida para ser la mujer florero de Thomas, esa tipa que siempre está bien vestida, luciendo los mejores vestidos y las mejores joyas, siempre callada al lado de un hombre apuesto al cual escuchan y observan con lupa intentando sacar cualquier patraña para desprestigiarlo.

Ahora que hacía memoria, él había mencionado más de una vez algo sobre sus padres... ¿Algo referente a que no debían conocerme o saber sobre mi existencia? Obvio que no querían conocerme, miradme, una chica de campo, vestida con trapos, que duerme en un cuchitril que antiguamente era el establo de caballos de su madre. ¿Qué podía aportar una campesina de mala muerte a un tipo que vestía traje de alta costura y con modales perfectamente entrenados? Absolutamente nada. Tenía muy claro lo que debía hacer cuando le viera llegar. Iba a estar muy calmada como siempre lo hacía. Le iba a decir toda la verdad sobre que no me parecía bien su forma de ocultarme semejante dato, hasta incluso, le mencionaría que me parecía ofensivo que se hubiera casado conmigo para... ¿Había dicho que se había casado conmigo para que no le obligaran a casarse con otra mujer?

Dios... lo que daría para tener un ordenador y averiguar cosas sobre él. Incluso tener internet en el móvil me valdría, pero había perdido mi teléfono cuando lo dejé en aquel autobús. Era pobre y no disponía de dinero para hacerme con cualquier dispositivo electrónico en aquel momento. Aun así, sentía la necesidad de averiguar más cosas sobre Thomas y su vida. Estaba segura de que todo se encontraría en internet. Y para decir verdad, quería saber con quién debería haberse casado y poder así compararme con ella. Seguramente fuera una mujer deslumbrante, con mil títulos de la realeza y otras mil cosas de las cuales no era ni siquiera capaz de imaginar.

El agua del río seguía su corriente mientras yo iba en su contra, arrastrando los pies con dificultad y caminando por el agua, congelándome los pies. ¿Era mejor decirle a Thomas que ya sabía todo o debía hacerme la tonta un rato más? ¿Cómo podía siquiera pensar en la segunda posibilidad? Me tapé la cara con las manos y solté un grito ahogado para luego sollozar. Me sentía tan destruida... Era muy fácil acabar con mi autoestima y desde luego habían dado en el clavo.

De pronto me acordé de que no debería estar allí, sino en el trabajo. El tío Theodore me iba a matar. Me destapé la cara, miré la maleza de mi alrededor y empecé a correr con intención de llegar a la tienda para al menos la última hora de trabajo.

—Por fin te dignas a aparecer...— Dijo mi tío el cual estaba de espaldas a mí. ¿Cómo sabrá siempre que soy yo?—Creía que ahora ya no aparecerías por aquí, creía que las princesas no trabajaban....

Solté un suspiro, cogí el delantal y me puse detrás del mostrador donde él estaba haciendo saquitos de golosinas.

—No soy ninguna princesa.

Él se rio negando con la cabeza y me miró.

—Pues tu novio es el Príncipe, o eso he leído en esa basura que reparten todos los días a las seis de la mañana por el pueblo.

—Se llama periódico, y no es mi novio...

—Ayer dijiste que lo era.

Suspiré y me puse a ayudarle con los saquitos para colocarlos en el mostrador.

—Ayer dije muchas cosas.

Mi tío se volvió a reír pero se calló cuando oímos el timbre de la entrada. Me giré y por el rabillo del ojo le vi sonreír.

—¿A qué se debe semejante presencia Alteza?

Sentí como se congelaba mi corazón mientras observaba el saquito deslizarse de mi mano y a cámara lenta precipitarse al suelo

—Llámame solo Thomas, Theo.

Su voz provocó hormigueos bajo mi piel y todo mi enfado se disipó mientras cerraba los ojos y hacía uso de toda mi fuerza interior para darme la vuelta y mirarle a la cara.

**FALSAS PROMESAS**

*Un día sabrás que no has perdido nada. Que las cosas tuvieron que pasar así para que entendieras a la vida. Que nada se retiene y todo fluye a su modo. Así como llegan cosas, otras se van. No puedes obligar a que la realidad actué a tu manera.*

*Todo fluye a su manera,*  
Joseph Kapone

—Hola príncipe Thomas... ¿En qué podemos servirle?— pregunté yo cuando por fin conseguí salir de mi burbuja mágica provocada por el perfecto azul cielo de los ojos del Príncipe de Diamound.

La sonrisa de su rostro desapareció cuando notó mi tono serio y cortante. ¿Qué se esperaba? ¿Que me iba alegrar de saber sobre su vida y que viviríamos felices para siempre como en los cuentos de hadas? Lo siento, pero no. No me criaron para tener mil musarañas en la cabeza pero sí para pensar con claridad y realismo. Y mi realidad era completamente diferente a la suya.

El timbre de la puerta tocó. Una chica bajita y morena entró echándose el pelo para tras y viniendo en nuestra dirección.

—Alex, necesitamos hablar a solas...

—Perdone... ¿Es usted el príncipe Thomas Price II?—Dijo la niña con voz alegre y cantarina.

—El mismo, para servirle.

Él le tendió la mano y la chica aceptó abriendo ligeramente la boca y sonriendo acalorada.

*Patético.*

Le hizo una leve reverencia y señaló hacia fuera del local. Miré hacia allí y observé consternada como todas las solteronas del pueblo estaban frente al local de caramelos de mi tío pavoneándose ante el cristal.

*¿En serio? Oh, Dios, esto tiene que ser una pesadilla y debo despertarme pronto antes de que intenten arrebatarme a mi marido.*

—Despierta, despierta, despierta...— susurré y Thomas se volteó a mirarme.

Parecía asustado. Yo lo estaría si esas mujeres decidieran venir a por mí. Creedme.

—Mis padres estarían encantados de acogerle en casa si así lo deseara y de servirlos el mejor manjar del pueblo...

—Siento mucho declinar vuestra formidable invitación preciosa dama, pero he quedado con la princesa para una merienda y me han educado para cumplir con mis deberes, y si me permite...—Thomas le besó los nudillos y luego me miró a mí. —Vámonos Alexandra Baker.

Hice ademán de rechistar pero la verdad era que me apetecía sacarle de allí, aquellas miradas hambrientas de fortuna y dinero me estaban mareando.

—Tengo que irme tío Theodore...

—Ve, Ve... no te preocupes, me encargo yo.

Le sonreí de oreja a oreja, me quité el delantal, cogí a Thomas de la mano y tiré de él hacia la puerta trasera.

—Cuando cuente hasta tres tu corre...

—¿Qué?

Empujé la puerta con fuerza y esta cedió, abriéndose.

—¡Tres!

Empecé a correr pero Thomas no me siguió.

—¡Oye!, ¡Eso no vale!, ¿y los números anteriores?

—¡Corre!.

Antes de que pudiera decir nada más empezó a seguirme. Casi le alcanza la horda de vacas del pequeño pueblo, conocida también como las solteronas.

Después de correr un kilómetro y ver que nadie nos seguía ya, paré a tomar aire y él se paró junto a mi mucho menos cansado y sudoroso. Por el rabillo del ojo vi como los hombres trajeados que siempre le seguían a todas partes se detenían a cierta distancia.

—¿Por qué no me dijiste desde el principio quién eras Thomas?— susurré entrecortadamente.

Él colocó los brazos en la cintura y suspiró.

—Creía que lo sabías... todo el mundo me conoce...

Me puse recta y me crucé de brazos.

—Va a ser que todo el mundo no, porque yo ni siquiera sabía que tu país existía hasta esta mañana.

Él suspiró y miró al suelo mientras trazaba un círculo con sus carísimos zapatos.

—No tengo la culpa de que ignores al mundo exterior por ser más grande

que tú, Alex...

Chasquéé la lengua y miré a otro lado. Estaba bastante irritada pero no quería gritarle ni montar una escena histérica como hacían todas las mujeres. Quería que pensara que yo era mucho más que eso. Que sabía pensar antes de reaccionar y así no joder toda la cosa.

—No quiero ser una princesa... ¿Vale? No deseo poseer ese título... Y si para eso debo divorciarme de ti me parece bien...

—¿Qué?

Su tono sorprendido me desarmó.

—No quiero ese título que tan alta carga conlleva. No voy a renunciar mis tierras y mi hogar para irme a otro país a servir de obra de teatro a tus anfitriones.

Su mirada oscureció, dio un paso hacia mí, me cogió del mentón y me lo levantó para que le mirara fijamente a los ojos.

—¿Eso es lo que crees que es la monarquía? ¿Una obra de teatro?

Sacudí mi cara para deshacerme de su agarre.

—Sí.

—Pues estas muy engañada, en mi país la monarquía es mucho más que dar una imagen... tenemos como misión proteger al país frente a los rebeldes y por algo nos dan ese título...

—Mira... sé que tú no elegiste nacer en la familia real, pero yo sí tengo opción de elegir mi destino y... No voy a renunciar a mi vida y a mi país para ser la mujer del futuro Rey de Diamond.

Con mucha angustia en el corazón y un nudo en la garganta, di un paso hacia atrás y me alejé de él para dirigirme a casa sin que él me siguiera para frenarme.

—Juraste que en las buenas y en las malas Alex, me rompe el corazón pensar que tu palabra nunca tuviese valía.

Paré en seco y me giré hacia él acalorada del miedo, el rencor y la culpa.

—¡Estaba borracha! Seguramente haya una cláusula que rompa el contrato de matrimonio por embriaguez. ¡Búscalos Thomas!.

Sintiendo un fuerte nudo en la garganta y unas inaguantables ganas de llorar, le di la espalda y seguí el camino hasta mi choza para llegar allí y romper a llorar hasta que el sueño de Morfeo decidiera honrarme con su presencia.

14  
EL SOBRE

*Hoy he vuelto a pensar en ti,  
y me ha costado respirar.*

Pablo Benavente

A la mañana siguiente me levanté incluso antes de que el gallo cantara. Fui hacia la parte delantera de la casa de mis padres y me senté en las escaleras del porche. No podía volver a conciliar el sueño. La culpa me carcomía y no sabía si había hecho bien o no al decirle aquellas palabras antes de irme de forma tan abrupta.

Él tenía razón. Había hecho esa promesa. Pero no me acordaba de absolutamente nada de esa noche. De lo único que conseguía acordarme era que había caído del escenario en los brazos de alguien, que según Selena y el mismo Thomas, era él.

Por mucho que intentará hacer memoria tenía una gran laguna desde ese momento hasta la mañana siguiente cuando me desperté en la habitación de hotel de nada más y nada menos que del príncipe Thomas Price II, heredero del trono de Diamound City.

Observé como los primeros rayos de sol salían. Suspiré apoyando mi cabeza contra mis rodillas e inhalé una gran bocanada de aire. Escuché como un coche a lo lejos se acercaba y levanté rápidamente la vista para observar el coche negro que siempre llevaba a Thomas de un lado a otro. Se detuvo en la entrada y James se bajó para abrir la puerta trasera y de ella salió un Thomas magníficamente vestido, con su pelo perfectamente peinando a un lado y su barba recién afeitada. Y, aunque lucía tan guapo como siempre algo iba mal, lo sabía por el cansancio que veía en sus ojos.

—¿Thomas qué haces aquí?— pregunté tranquila observando sus pasos hasta que se sentó a mi lado.

—Venía a entregarte algo antes de irme.— musitó sacando un sobre de su americana gris y dándomelo.

Lo cogí vacilante.

*Oh... el divorcio.*

—¿El divorcio?

Él soltó una pequeña carcajada pero negó con la cabeza.

—No te voy a poner tan fácil divorciarte de mi prince...

—Ni se te ocurra pronunciar esa palabra.

—Entendido, la cosa es que no es lo que piensas...

Hice ademán de abrir el sobre pero me detuvo cogiéndome de las manos.

—Ya tendrás tiempo para esto. Ahora quiero que me escuches Alex...—Él suspiró con pesar y luego me tocó la mejilla con el pulgar deslizándolo por mi mentón.—Tengo que volver a Diamound por un asunto real. El Rey se encuentra delicado de salud y debo encargarme de ciertos asuntos.

Abrí ligeramente la boca conmocionada con la noticia sobre su padre. ¿Delicado de salud? ¿Asuntos reales? El hecho de que su padre estuviera delicado de salud me hacía suponer que lo nuestro debía seguir en el anonimato.

—Oh, vaya, lo siento mucho, si puedo hacer algo por ayudarlos.

—Tranquila, me las apaño solo. Lo que quiero que sepas está todo en ese sobre. Si después de leer todo lo que hay en él, decides que aún quieres el divorcio te lo concederé. Pero si al leerlo te das cuenta de que tu lugar es junto a mí... quiero que cojas este viaje y vengas a Diamound.

Sacó otro sobre, uno más pequeño y blanco y me lo entregó.

—Piensa bien Alex, el destino de muchos recaen sobre los hombros de los Reyes de Diamound y quiero una persona capaz de aceptar su destino junto a mi lado.

Sonrió débilmente, luego se acercó para besarme la frente. Sus labios se notaban cálidos sobre mi frente y su fuerte perfume masculino me impregnó la mente. Levanté los brazos rápidamente y lo abracé antes de que pudiera levantarse e irse lejos de mí.

—¿Qué pasa si no elijo irme junto a ti? ¿No te volvería a ver jamás?

Él me abrazó más fuerte y por un segundo tuve temor a su respuesta.

—Me temo que no, querida Alexandra.

Se me formó un nudo en la garganta y me aparté de él lo suficiente para aplastar mis labios una vez más contra los suyos. No sabía si después de leer lo que fuera que me hubiera dado le elegiría a él, solo sabía que en aquel exacto momento solo quería que no se fuera y me dejara sola. No quería ser una princesa pero tampoco quería ser solo un recuerdo fugaz en la vida del Príncipe de Diamound. Él se apartó de mí y me miró fijamente a los ojos.

—Espero que tu elección sea la correcta, Alex.

Dicho eso, se levantó rápido, se metió en el coche y se alejaron dejándome

sola en un porche solitario y frío.

Miré el sobre de mis manos y suspiré. Lo abrí y saqué varias hojas que estaban dentro. Al hacerlo se cayó un CD y lo miré intrigada, había visto muchos de aquellos, pero yo no tenía ningún reproductor de aquella cosa. Lo cogí entre mis dedos y leí lo que estaba escrito en su carátula:

—Boda de Alex y Tom.

Arqueé una ceja e intenté pensar quién podía tener un reproductor de aquellas cosas para poder así ver lo que realmente ocurrió aquella dichosa noche.

—Serena... Serena tiene una de estas cosas...— me levanté rápidamente alegre y empecé a correr hacia el norte donde vive Serena, la loca que siempre me metía en problemas.

Tres kilómetros y medio después, paré ante su porche en busca de aire. Sentía que me iban a reventar los pulmones y que por mucho que intentará respirar no me entraba aire suficiente. A duras penas subí los escalones hasta la entrada y golpeé la puerta tres veces y esperé. Nada, volví a golpear y en el sexto golpe una Serena aún con legañas en los ojos me miró de forma asesina.

—¡DIOS! Que burra eres, que son las seis de la mañana, qué diablos haces aquí.

Sonreí ampliamente al escuchar a mi mejor amiga, la había echado de menos y no sabía muy bien por qué.

**BODA***Él creía en mí.**Justo cuando nadie más lo hacía.*

Yess Corn

—Oh Dios mío, oh Dios mío... — Volví a reírme. ¿Por qué tenía tantas ganas de reírme? Me dolía la tripa de las carcajadas incontrolables que hacía temblar mi cuerpo. También había que decir que el mareo que sentía no era nada agradable, sentía que mi cabeza pesaba mucho más de lo normal.—¿Voy a casarme?

—Sí, vas a casarte y luego me agradecerás el haberte insistido tanto.

Abrí los ojos, viendo todo desenfocado al principio, pero después de parpadear un par de veces conseguí visualizar a mi mejor amiga. Estaba haciendo morritos a algo que había detrás de mí. Levanté la cabeza y vi a alguien grabar con una cámara. El flash me dejó ciega un segundo y me vi obligada a cerrar los ojos.

—¿Y quién dices qué es?— pregunté a Serena sobre el supuesto tío con el que iba a casar. No fue muy difícil que Serena me convenciese de que me casara. Tan solo tuvo que decir que si no me casaba en ese momento, en el pueblo nunca encontraría a alguien dispuesto a casarse conmigo. Lo sabía, sonaba cruel, pero era muy cierto.

No era una chica guapa, mis setenta y siete kilos lo dejaban muy claro. Y mi piel no era la más suave, ni mis ojos los más hermosos. Por todo eso dejé que me convenciera: con el ahora o nunca, tú decides.

—Tu príncipe azul, con eso creo que te servirá, aunque prométeme que cuando seas Reina me concederás el título de condesa...

Me volví a reír con ganas, ese día Serena estaba muy chistosa.

—Vale te daré lo quieras, pero entremos ya, tengo sueño y ganas de vomitar.

—Vale, vale...— dijo cogiéndome del brazo y colocándose ante la puerta

blanca. —Abre la puerta paletito.

El chico de la cámara se apresuró a abrirla como bien había ordenado Serena y entró primero para seguir grabando.

—¿De verdad tiene que grabar todo con esto?— pregunté sintiéndome inestable por el flash de la cámara.

Serena suspiró y siguió sonriendo.

—Sí, ahora deja de quejarte, sonríe y di: Sí quiero.— Hizo una pequeña mueca.—Eres mi única salvación para irme lejos de Crystal...

Cogí el mando de la mano de Serena y di pause. Le miré fijamente y ella hizo lo mismo.

—¿Me hiciste casar con él por qué te querías ir de Crystal?

Ella se encogió de hombros e hizo una mueca.

—Me debes una, te casaste con un príncipe lo mínimo que puedes hacer es llevarme contigo a Diamound y casarme con un conde rico....

Solté una carcajada y negué con la cabeza.

—Estás turuleta tía.—Seguí negando con la cabeza y luego di al botón de continuación.

El pasillo de la capilla en la que nos íbamos a casar era pequeño y estrecho, con que no tardé en llegar hasta el supuesto "príncipe" y su padrino que iba vestido en un traje negro, perfectamente formal. De hecho, parecía que todos en aquella habitación iban acorde a la situación menos yo.

Seguía llevando mi larga falda plisada negra y una blusa blanca con lunares negros. Thomas me cogió de mano y me la beso suavemente.

*Que caballeroso, por favor.*

Sentí los colores depositarse en mis mejillas y sonreí avergonzada. No era muy difícil hacerme sonrojar, sobre todo por mi pálida piel.

—Alteza... ¿Está usted seguro de eso?— preguntó James a Thomas, quien asintió firmemente.

Volví a apretar el botón de pause.

—¿Por qué estaba tan firmemente decidido a casarse conmigo? No me conocía de nada.

Serena me arrebató el mando mientras soltaba un resoplido.

—Y yo que sé, quizá en su país no hay tías raras que caen a sus brazos como hiciste tu, vete tú a saber...

Thomas me cogió de ambas manos mientras me sonría y me miraba a los ojos. La verdad era que me costaba bastante quedarme con los ojos abiertos, con que no le dejaba de mirar con los ojos abiertos de par en par. Seguramente

se hubiera planteado lo de casarse más de una vez mientras el oficiante de la boda dictaba los votos.

—Sí, quiero...— fue decir mi parte del acuerdo y acabé echando la pota en los carísimos zapatos de Thomas.

Oí alguien toser y luego otra persona más. Oh, Mierda. Acababa de vomitar encima del novio. Creía que eso solo pasaba en las películas, pero no.

Thomas no mostró en ningún momento cara de repulsión, es más, me ayudó a levantar la cabeza y me limpió el rastro de vomito de los labios con su pañuelo a la vez que me preguntaba si estaba bien. Desde luego no lo estaba, pero aun así, asentí. Firmamos los papeles del contrato matrimonial y fin, estaba casada.

El video siguió hasta que salimos de la capilla. Thomas vomitado de la cintura para abajo, sujetándome con fuerza para que no me cayera. Desde luego daba mucha pena. Cuando el video se acabó miré a Serena horrorizada.

—¿Por qué no me dijiste que le había vomitado encima?

Ella se rio como loca y luego me miró divertida.

—Preferiría omitir detalles asquerosos, gracias.

Me levanté rápidamente de su sofá y la miré sin humor.

—Eres una bruja, tienes suerte de que te quiera, sino te mataba.

Ella volvió a reírse tomándose a broma mi amenaza.

—No es mi culpa que siempre hagas el ridículo. Princesa.

Solté un grito despavorido y me marché pisando fuerte. No podía creer que él se casara conmigo mismo habiéndole vomitado encima. ¡Que asco!.

**EL VIDEO**

*La alegría: una transparencia del aire, una fluidez del tiempo, una facilidad para respirar; no pedía más.*

*La mujer rota,*

Simone de Beauvoir

Haber visto y ser testigo de lo fatal que iba esa noche me hizo darme cuenta de lo mala amiga que era Serena. Yo jamás le habría manipulado para que se casara con nadie y menos en tal estado. ¿Y todo para qué? ¿Para que ella pudiera sacar tajada de toda la situación? Me sentía enormemente avergonzada sobre lo que pasó durante la ceremonia, haber vomitado a Thomas era un acto terrible y asqueroso. ¿Cómo podía volver a mirarle sin sentirme profundamente avergonzada y mal por ello? Por no hablar de que me sentía usada por mi mejor amiga. No entendía que tenía Serena en la cabeza para hacer cosas como esa.

Volví a casa cabizbaja y pensativa. No tenía ni idea de lo que me podía encontrar en aquel sobre además del viaje a Diamound que me hiciera cambiar de opinión sobre ser una princesa. ¿No se suponía que con esos títulos se nacía? Pues yo no había nacido para eso. Como mucho podía ser la princesa de los cerdos, y créeme que de eso sabía mucho.

Cuando llegué a casa pillé a mis padres desayunando en la mesa del comedor. Me sonrieron tristemente y me uní a ellos con la idea de olvidarme un rato de lo que me esperaba en cuánto abriera ese sobre.

No fue fácil pero olvidé por un tiempo el sobre, dejándolo en casa y yendo a trabajar. El día estaba siendo ajetreado y casi no había tiempo para pensar mientras ayudaba al tío Theo con la nueva mercancía de golosinas.

Más de una de las solteras de la ciudad se pasó por la tienda para ver si podían dar con el Príncipe que estaba en boca de todos. Iban vestidas con sus mejores trajes y la decepción en sus caras al decir que Thomas ya no estaba en el pueblo era evidente. Todos querían sacar tajada de la aparición del miembro de la realeza y eso me parecía patético, ni que fuera un mono de feria

para que todos lo quisieran ver.

Cuando llegué a casa a las seis ya no podía más con la curiosidad y me dirigí directamente al cuartito a mirar el contenido del sobre. Dentro había una foto de Thomas y mía, de cuando habíamos estado en el baile de la gran ciudad. Me veía espléndida con aquel vestido rojo pasión. Nunca había estado más bonita en toda mi vida. Luego había una hoja en la que ponía con una caligrafía impecable:

*Sé que todo esto parece una locura pero a veces en la vida hay que arriesgar y aposté por ti. Estaba huyendo de mi futuro cuando te encontré. Vi en ti todo lo que me faltaba a mí y a mi mundo, y te elegí a ti para hacer parte de él. Estaba destinado a casarme con una mujer a la que no amo y a quien aprendí a odiar con el paso del tiempo. Alguien fría y calculadora que solo quiere destruir todo por lo que mi familia ha luchado hasta ahora sólo para hacer que su nombre perdure en el tiempo, y como comprenderás no podía dejar que eso sucediera. Y allí me encontraba, en aquel Pub intentando encontrar la solución a mi problema cuando de pronto te caíste sobre mí. Dudo mucho que eso fuera una simple coincidencia. Sé que no conozco tanto de ti para saber si eres digna de mi corona, pero espero haber tomado la decisión acertada, ya que no suelo equivocarme nunca. Lo que quiero decir Alex, es que te necesito para que el pueblo de Diamound pueda estar a salvo de las garras de la princesa del hielo. Por favor, ayúdame.*

*Atte.: Thomas.*

Doblé la hoja y suspiré pensativa. Había dicho que me necesitaba, nunca nadie me había dicho eso. Y de alguna forma eso caló en mí más hondo que un simple te quiero.

**EL VIAJE**

*Ya encontrarás a alguien que te haga sentir tan bien, que olvidarás que estás mal.*

Yess Corn

Metí en una mochila la poca ropa decente que tenía y suspiré. No podía creer que me hubiera convencido, pero sí, si me necesitaba le ayudaría. Era mi esposo, qué menos podría hacer.

Fui a casa de mis padres y les expliqué la situación con todo lujo de detalles, incluso el hecho de que acabara borracha y me casara con un desconocido que posteriormente había resultado ser un Príncipe muy importante de un país, hasta la fecha, desconocido para mí.

Me avergonzaba de contarles que su única hija había bebido hasta perder la conciencia, había vomitado al Príncipe y había hecho a saber qué más cosas, pero tenían derecho a conocer la historia por mí. Nunca les había ocultado nada, y no iba a empezar en aquel momento. Quería que supieran que a pesar de haber pecado, y haber hecho algunas cosas que no estaban bien, me veía capacitada para enfrentar el destino y apoyar a mi marido si él realmente lo necesitaba.

El avión partía en la mañana con que decidí ir a descansar. A primera hora cogería un autobús hasta la ciudad para luego coger el tren que me llevaría directamente al aeropuerto. Nunca había hecho tal trayecto, pero debía enfrentarme al mundo y hacerme responsable de mis actos.

Esa noche casi no pude dormir. Estaba demasiado nerviosa para ello. Coger un avión y viajar durante ocho horas hasta el país vecino para encontrarme con el príncipe Thomas y todo su mundo me tenía aterrada. No sabía comportarme en esa clase de ambientes, no tenía la finura ni la elegancia de ninguno de ellos. Bueno tampoco era como si supiera exactamente como eran, pero debía suponer.

A las cuatro de la mañana me levanté, me duché y fui a despedirme de mis padres, quienes ya estaban despiertos con el desayuno en la mesa. Mi padre permaneció callado hasta el fin, pero acabo abrazándome y dándome su bendición. Me acompañaron a la parada de autobús en la que me llevé

nuevamente la sorpresa.

—¡Ay, no! ¿Qué haces aquí?— pregunté a Serena quien se veía radiante con su maleta.

—Me voy contigo tonta.

Rechisté.

—¿Por qué?— mi tono fue casi un sollozo. Realmente no entendía por qué tenía que acompañarme.

—Porque soy tu mejor amiga y alguien tiene que cuidarte.

Suspiré y miré a mis padres.

—¿Qué tenéis a ver con esto?

Mi padre desvió la mirada hacia mi madre y lo supe todo.

—No puedes ir sola, y avisé a Serena de tus intenciones...

—¡Mamá!

Oí a Serena reírse y la fulminé con la mirada. Rara vez solía enfadarme pero Serena ya había hecho demasiado por mí sin que yo se lo pidiera y eso empezaba a no tener ni chispa de gracia. No tenía ni la más mínima idea de cómo lo había conseguido, pero Serena también tenía un pasaje de avión para Diamond, con qué no me quedó otra más que aceptar la estupidez de dejar que me acompañara "señora problemas".

## CABEZA DE CHORLITO

*Es ella la que está enamorada, a él no le importa nada.*

Julio Cortázar

El viaje me tenía aterrada. Nada más entrar en el avión me vi acojonada y con ganas de salir de él, pero Serena me detuvo y me arrastró hasta la primera clase donde teníamos nuestros asientos.

Eso había sido una muy mala idea, y para colmo, Serena me ofreció una pastilla para los nervios que me hizo dormir durante todo el viaje hasta Diamond y para cuando desperté ya estaba en el lecho de una cama desconocida.

—¡Hola dormilona!

La voz de mi amiga retumbó en mi cabeza dándome jaqueca.

—¿Qué me has dado bruja?

Su risa me hizo lanzarle la segunda mirada envenenada de mi vida.

—Solo algo para que estuvieras más relajada y no lo pasaras mal. Llevas dos días durmiendo, incluso tuvimos que llamar un médico para ver que no te hubiera ocurrido nada grave, se supone que no te deja K.O esa pastilla.

Solté un leve gruñido e intenté levantar cabeza pero todo me daba vueltas.

—¿Ya estamos en el castillo?

—No, los hombres de Thomas nos trajeron a un hotel, sólo lo veremos en la fiesta del rey Benjamin dentro de un par de días. Mientras tanto nos toca ser ciudadanas de lo más normal.— Serena hizo un pequeño sonido de repulsión y la miré.

Llevaba un vestido satinado de color lavanda que le quedaba muy bien. Nunca la había visto con él con que inmediatamente supe que se había ido de compras y conociéndola bien con la tarjeta de Thomas.

—Dame la tarjeta Serena.—Extendí la mano hacia ella sin levantar cabeza.

—¿Qué tarjeta?

—Dame la maldita tarjeta.

Ella soltó un suspiro resignado, se levantó y fue hasta su bolso. La cogió y me la entregó.

—Espero que hayas disfrutado de tus compras porque será la última que las

hagas con dinero Real.

—Eres una aguafiestas chica, no se les va acabar porque yo gaste un poco...

—Cállate, me duele la cabeza y solo dices sandeces.

Suspirando se levantó para irse, pero antes de que llegara a la puerta alguien tocó. Me puse tensa. No conocía a nadie en aquel sitio, y según ella me había pasado un par de días durmiendo mientras Serena hacía lo que le daba en gana. Me preocupaba profundamente lo que estuviera tramando, porque conociéndola, algo estaba maquinando en su malévola cabecita.

**¿POR QUÉ QUEDARSE?**

*La soledad es peligrosa. Es adictiva. Una vez que te das cuenta de cuánta paz hay en ella, no quieres lidiar con la gente.*

Carl Jung

Serena abrió la puerta y dejó entrever un tipo con una vestimenta de lo más graciosa. Alcé la ceja intrigada y a la vez divertida. Su vestimenta tenía relieves de tela en varias tonalidades verde, amarillo y azul, como si de la bandera de Brasil se tratara. Además llevaba un sombrero de copa negro que tenía como una especie de muelle a lo largo de toda la superficie. Sus ojos estaban pintados con una sombra oscura y sus mejillas levemente sonrojadas.

A mis labios se asomó una media sonrisa camuflando mis ganas de reírme. Pobre chico, tener que ir vestido así por la ciudad, menudo castigo. Me parecía casi humillante ponerle de uniforme semejante disfraz.

—Damisela, vengo a pedido del príncipe Thomas...— Serena le interrumpió alzando una mano para que dejara de hablar. Le hizo un gesto para que se adentrara a la habitación y le obedeció.

Me miró sobre la cama pero rápidamente apartó la mirada para depositar sus ojos en Serena. Iba mucho más arreglada que yo y tenía una apariencia casi angelical. Yo debía tener un aspecto lamentable tras días durmiendo y más con el malestar que tenía encima. No pensaba volver a tomar absolutamente nada que viniera de parte de mi "amiga".

—Todo lo que tengas que decir de parte del príncipe Thomas te sugiero que se lo digas a ella.

Tan pronto como dijo eso salió de la habitación dando un portazo dejándonos solos al mensajero y a mí. Hice un esfuerzo brutal para incorporarme aunque todo me diera vueltas y miré al mensajero. Parecía mucho más gracioso de cerca. Aun así me mantuve a flote de no reírme con burla del pobre muchacho.

—Damisela... El príncipe Thomas me ordenó que le entregara esto...— abrió su chaleco y de él sacó un sobre amarillo. Me lo entregó con una sonrisa tenue y esperó.

Abrí el sobre y en él encontré una carta escrita con una excelente caligrafía

que ya había visto antes:

*Querida Alex, bienvenida a Diamound, espero que sus ciudadanos le traten como se merece, disfruta de las comodidades del hotel, todo lo que necesite solo tiene que pedirlo. El día del baile irán chicas de palacio para ayudaros a poneros de acuerdo a la temática de la fiesta. Deseo verle pronto.  
Un beso, Thomas.*

Cuanto formalismo, eso me asustó un poco. Se me pasó por la cabeza que pudiera estar enfadado conmigo por algún motivo, pero repasando en mi memoria todo lo que hice desde casa hasta allí, en aquel momento no se me ocurrió nada que pudiera causar tal enfado.

—Eh... muchas gracias—Le dije al chico que había traído el sobre. Hizo un pequeño movimiento de cabeza y luego se marchó.

En un par de días sería la fiesta a la que tendría que acudir en palacio, eso me aterró. Yo no pertenecía a ese mundo. Ni siquiera sabía mantener una conversación larga con una persona sin decir alguna palabra mal o soltar alguna jerga de sureños.

Yo no estaba hecha para ese mundo, había visto algunas películas de princesas en casa de Serena cuando éramos pequeñas y recordaba bien como todos intentaban hacerle la vida imposible mientras luchaba por el amor del Príncipe. Era de una ciudad pequeña. Todos conocíamos a todos. Todos sabíamos de lo que éramos capaces y de con quien no deberíamos meternos nunca. Pero allí, en aquel país tan grande, gobernado por la monarquía no sabía que esperar. No conocía a nadie de allí, a excepción de Thomas y si él mismo intentaba huir siempre que podía... ¿Por qué iba yo a querer quedarme?

## DIAMOUND CITY

*Te amaría, incluso sin saber siquiera lo que es amor.*

Yess Corn

Al final Serena volvió con los ánimos renovados y me convenció de salir a pasear con ella. Después de dos tazas de café y una tostada que me asentó ligeramente el estomago, me vi con fuerzas suficientes para una mini escapada por la ciudad. Me moría de ganas de saber cómo era.

Me di una ducha rápida y estaba lista. Afuera hacía fresco, con que después de oír varios comentarios por parte de Serena diciendo que Thomas me había dejado su tarjeta para que hiciera uso de ella, me compré una chaqueta para resguardarme del frío de Diamound City.

—¿Es precioso verdad?— comenté mirando las luces de la ciudad. Las farolas tenían forma de mano y de ellas pendían cinco preciosos faros en forma de rosa.

Los tallos de los arboles eran sinuosos y sus colores vivos y brillantes. Era como si todo lo que ya hubiese visto anteriormente fuera mil veces más bonito allí. El suelo de la calle era de un rojo carmesí, no como en Crystal que era de tierra polvorienta. No había vallas en ninguna parte, ni ranchos, solo edificios vanguardistas altos en todo su esplendor. Era como estar en un auténtico cuento de hadas, exactamente como el que se suponía que me esperaba a partir de un par de días.

Serena entrelazó su brazo con el mío mientras parloteaba de lo feliz que era por venir a Diamound, y de lo encantada que estaba por haber sido invitada por el mismísimo Príncipe del país para el baile de máscaras. Soñaba despierta en encontrar a un hombre millonario que quisiera hacer todos sus caprichos realidad y yo la escuchaba mientras me maravillaba de las obras de arte. Desde luego Serena tenía una gran capacidad para soñar e imaginarse las cosas a su antojo. Pero si toda esa fantasía de su cabeza se hacía realidad, rezaría por ese pobre hombre mientras estuviera vivo.

Al final cenamos en un pequeño restaurante apartado del centro, que, a pesar de las protestas de mi mejor amiga, me pareció un sitio encantador. Tenía el jardín con vistas a un lago color rosa. ¿Un lago de color rosa? Sí,

exactamente. Hasta yo me quedé boquiabierto pero era totalmente cierto. El lago estaba rodeado por un borde de arena y un bosque denso de melaleucas<sup>2</sup> y eucaliptos con una estrecha franja de dunas de arena al norte, cubiertas por vegetación.

—Es impresionante las cosas que encuentras aquí... ¿Ves por qué quiero quedarme?— preguntó Serena mirándome y esperando una respuesta.

—Quieres quedarte aquí porque siempre has odiado Crystal, y como no encontrabas tu objetivo en la vida crees que puede estar perdido por aquí.

Ella se rio brevemente y luego se puso seria.

—A veces eres más lista de lo que aparentas a simple vista.

Le guiñé un ojo intentando no ofenderme por su ironía. Sabía lo víbora que podía llegar a ser a veces. Aun así era mi única amiga, y aunque pareciera de locos, a pesar de todo, le quería.

—¿Qué crees que nos espera en el palacio?

Ella pareció dudar un segundo, luego una sonrisa iluminó su cara.

—Glamour, champán, clase alta, hombres sexis, dinero, más dinero y más dinero.

---

<sup>2</sup> Melaleuca alternifolia, comúnmente conocida como árbol del té de hoja estrecha, es una especie de arbusto de la familia Mirtaceae

Puse los ojos en blanco y apoyé mi cabeza en el dorso de la mano. Todo aquello sonaba tan artificial que me aburría. ¿No podía ser una fiesta normal? Una fiesta con comida, gente informal y música country.

Suspiré con pesar, pero acabé sonriendo al ver que el camarero traía nuestra comanda. Eran pasadas las siete y estaba hambrienta. El plato de ñoquis tenía una pinta exquisita con su aliño y su salsa casera. Nada más probar tuve que suspirar de placer, mi amiga puso los ojos en blanco y luego se rio.

—Acostúmbrate, a partir de hoy solo comerás manjares como este.

Me eché hacia atrás, desvíe la vista hacia el lago rosa y sonreí. Esa ciudad me encantaba, para qué negarlo. Tenía un toque chic, un clima tranquilo y saludable. El nivel de contaminación estaba muy por debajo del de Crystal y eso se notaba nada más respirar. Sin dejar de sonreír terminé mi maravilloso plato mientras entablaba una tranquila charla con Serena sobre los posibles atuendos que podrían proporcionarnos las empleadas de palacio para la fiesta.

## VESTIDOS Y PEINADOS

*Me gustaría parecer fuerte pero me derrumbo por todas partes.*

Mathias Malzieu

La mañana del baile me desperté con el cantar de los pájaros y el delicado aroma a lavanda que se colaba por las ventanas que había abierto Serena mientras chillaba de emoción. El día al fin había llegado y me sorprendía ver que estaba más animada de lo que esperaba.

Me levanté apoyando los pies contra el suelo y me estiré hasta crujir todos y cada uno de los huesos posibles. Luego me acerqué al baño para darme una ducha relajante. Tanto el suelo como las paredes estaban hechas de piedras asimétricas, dando al baño un toque totalmente Zen. Había varias velas de distintos tamaños decorando algunas estanterías de madera de roble. El lavabo era un cubo de cristal con un difusor de cascada. Me sentía tan a gusto allí con todo aquel rollo zen, que tranquilamente podía haberme tirado días en vez de media hora allí dentro.

Cuando salí, envuelta en una simple toalla, me quedé petrificada en el umbral de la puerta al ver a seis pequeñas doncellas con largos vestidos de color marrón, sencillos y sin adornos, con un único detalle como el delantal y la cofia.

—Ho-Hola—tartamudeé avergonzada de ir medio desnuda.

—Buenos días Damisela, venimos para ayudarles en todo lo que esté en nuestras manos.

Una chica castaña con el pelo recogido bajo la cofia me habló en nombre de todas. Su voz era dulce y se notaba cercana. Me dio confianza al primer segundo.

Tras recomponerme de los rubores provocado por mi casi desnudez, me acerqué a las desconocidas y tendí la mano hacia la chica que me habló, dando por sentado que sería la jefa de las doncellas.

—Encantada, soy Alexandra.

Al principio ella dudó un poco en si aceptar mi apretón de mano pero luego educadamente le dio un suave apretón.

—Soy Lana, estas son Lucy, Gaby, Yashi, Nayu y Mile.—Todas sonrieron

encantadas.

Alguien en la habitación se aclaró la garganta molesta. Desvíe mi mirada de las chicas hacia una Serena nada educada. Ya no parecía ser la chica que se había levantado encantada de que aquel fuera el día del baile. Ahora parecía una mujer amargada y huraña que esperaba que sus voluntades fueran escuchadas sin ser cuestionadas.

—Vienen a arreglarnos, no a ser nuestras amigas, así que a trabajar... ¡Ya!

Las chicas se sobresaltaron pero rápidamente empezaron a abrir las maletas que traían y a ponerse manos a la obra. Tres se pusieron con la bocazas de mi amiga y tres conmigo. Las chicas procuraron cuidar cada detalle. Nos hicieron tanto la pedicura como la manicura, la cera..., cosa que no había hecho en mi vida y que dolía barbaridad. Nos hidrataron el cuerpo para que tuviera más brillo entre mil cosas más.

Mile y Nayu me maquillaron. Les había pedía un maquillaje natural y nada exagerado y así lo hicieron, con mucho cariño y cuidado. De verdad eran unas chicas excepcionales, por mucho que oyera a Serena quejarse de algo una y otra vez. Obviamente no la tomaba en serio, se amargaba ella sola y no iba a permitirle pasarme semejante vibración.

—¡Oh chicas, me encanta!— Chillé tapándome la boca al mirar mi reflejo en el espejo.

Me habían hecho una sombra de ojos color beige y marrón muy clarito y en los labios habían puesto un color rosado muy delicado. Estaba más que encantada, por no hablar de la cascada de rizos que habían dado a mis cabellos. Ni siquiera podía reconocerme. Parecía otra persona completamente distinta a la Alex del rancho. Ahora parecía una verdadera Princesa, solo me faltaba la corona y el Príncipe a mi lado.

—Puaj, no sabéis hacer nada bien.—Oí la queja de Serena y desvié la vista hacia ella.

Las chicas le habían pintado los ojos de negro carbón y los labios de un rojo pasión intenso. Me reí sin poder evitarlo y ella me fulminó con la mirada. Desde luego era una venganza por haberlas tratado tan mal durante todo el día. No eran sus empleadas, solo venían ayudar a que estuviera más guapa para aquel día. Desde luego Serena debería aprender a tratar mejor a la gente.

—Damisela Alexandra... le enseñaremos su vestimenta, estará espectacular con él.— me comunicó Lana y la seguí hasta la cama para ver un precioso vestido color violeta.

Me quedé sin aliento al verlo, era la segunda prenda más bonita que me iba

a poner desde que conocía a Thomas y estaba anonadada.

—Es todo suyo señorita.

Le sonreí pero tuve el impulso abrazarla. Me sentía tan feliz de que me hubieran tratado tan bien durante todo un día que no podía hacer más que abrazar a la jefa de las doncellas. En cuanto la solté la vi mirarme con los ojos desorbitados. Era obvio que la gente de palacio no iba por ahí abrazándolas en forma de agradecimiento, pero me gustaba ser diferente. Había crecido en una ciudad donde todos éramos iguales, y aunque Serena se empeñara en que la trataran de forma superior, yo solo quería que me trataran como una igual.

**BOFETADA**

*Ella está loca, pero es mágica. No hay mentira en su fuego.*

Charles Bukowski

Me miré en el espejo con el vestido color violeta puesto. Estaba hecho con una fina y transparente gasa violeta, con un escote en V que pedí a las chicas que me taparan debido a mis grandes pechos. Lo último que quería era ir enseñándolos durante todo el baile. La espalda era medio descubierta con gruesos tirantes de gasa. El forro de raso era lo único que cubría mi cuerpo evitando que se viera ninguna parte comprometedora, dejando todo a la imaginación, como debía ser. Mamá siempre decía; mejor insinuar que enseñar.

—Esto es una mierda, parezco una puta barata.—Dijo Serena poniéndose a mi lado para mirarse también.

Sinceramente no entendía porque estaba tan quisquillosa si había estado esperando aquel día con tanta ilusión. Su vestido era perfecto, el sueño de cualquiera. Puede que enseñara más de lo debido, pero no quitaba el hecho de que le quedara como un guante. Llevaba un vestido de seda rojo pasión con un extravagante escote en V. Desde luego era muy provocador, pero ese era exactamente su punto fuerte. El vestido se ajustaba a su cuerpo a la perfección, como si hubiera sido hecho a su medida.

—Oh venga, estás preciosa.

Ella volvió a fulminarme con la mirada y suspiré. Si las miradas matasen habría muerto sólo aquel día unas trescientas veces.

—No sé por qué demonios te quejas tanto, vienen de lejos, te ayudan a ponerte despampanante para un baile y lo único que haces es tratarlas mal. Ubícate, no vales más que ellas.

Ya no podía más, me había estado comiendo la cabeza durante todo el proceso de belleza quejándose una y otra vez de la mínima cosa que hacían las chicas, eso de una forma u otra acababa cansando a cualquiera. Serena era una

mujer guapa, de eso no cabía duda, pero su mal carácter y su humor de mil demonios le restaban cualquier belleza que pudiera tener exteriormente.

Ella me miró seria y se puso cara a cara conmigo. Por un momento temí que me fuera abofetear, pero luego se echó a reír como una loca encerrada en el manicomio. Di un paso hacia atrás y miré a las chicas quienes recogían sus cosas fingiendo estar ajenas a la conversación.

—Me hace gracia que quien me eche en cara que soy igual a todas sea precisamente la mujer del Príncipe. Claro, tú puedes echarme en cara que no soy nadie porque tu heredarás el trono en cuanto todos descubran quien eres...

—¡Cállate!

Por primera vez en mi vida, me vi superada por el enojo y abofetee a alguien. No iba a permitir que me dijera que yo me creía superior a nadie de aquella habitación por ser la mujer de Thomas, el futuro Rey de Diamond. Sabía perfectamente quién era, de donde venía y podía decir a ciencia cierta que por ser mujer de quien era no me sentí en ningún momento y bajo ningún concepto mejor que nadie de mi alrededor. Serena se llevó la mano a la mejilla mientras abría la boca para tomar aire.

—Estás loca, pero ya era hora de que reaccionaras.

Fue lo único que me dijo mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y se alejaba hacia el baño.

De pronto la culpabilidad inundó mi pecho y me costó respirar. Alguien se acercó a mí con un vaso de agua y lo acepté con una media sonrisa. No debía haberle golpeado... Simplemente a veces me sacaba de quicio y había explotado. Sí, había explotado porque me estaba volviendo loca. Primero hizo que me casara con un desconocido estando borracha, luego intenta aprovecharse de ello a cada segundo y después se empeña en tratar mal a la gente, las cosas no podían seguir así, debía hablar con ella para que cambiara de actitud, sino por mucho que me doliera por acabar con sus sueños, haría que Thomas la enviara a casa antes de amanecer.

## HAMBURGUESA

*Antes de cerrar la herida, comprueba que no te has dejado el dolor dentro.*

Benjamin Prado, Aforismos contantes y sonantes

Después de que las doncellas se marcharan el clima se volvió más relajado y pude hablar con Serena tranquilamente.

—No voy a permitir que sigas comportándote así. Si quieres seguir aquí vas a tener que aprender a tratar a las personas, no quiero a mi lado personas tóxicas, y hoy colmaste mi paciencia con tantas quejas y maltratos hacia las chicas Serena...

Ella rodó los ojos y se encendió un cigarro.

—Vale mamá, prometo comportarme.—Su tono irónico me hizo chasquear la lengua de forma reprobatoria.—Vale, me comportaré lo juro, no volverás a tener quejas sobre mí.

Sonreí satisfecha, pero antes de que pudiera decir nada más llamaron a la puerta. Serena se levantó rápidamente a abrir, suponiendo que sería alguien encargado de llevarnos hasta palacio. Nada más abrir la puerta reconocí a James, el guardaespaldas de Thomas.

—Hola James.— Le saludé poniéndome de pie.

—Alteza.

Me hizo una breve reverencia y yo sonreí sintiéndome incómoda.

—Bueno, será mejor que nos vayamos... ¿No?—Serena me miró dubitativa como si esperara mi bendición para marcharse de casa o algo parecido. Enarqué una ceja sin entender bien ese cambio de actitud tan brusco, quizá de verdad quisiera quedarse por allí y haría todo lo posible para que así fuera. Asentí y seguimos a James hacia fuera del hotel. En la entrada una limusina negra esperaba con la puerta abierta. El chofer aguardaba impasible junto al vehículo nuestra llegada. Bajé las escaleras de la entrada con cuidado debido a los tacones que llevaba. No sabía caminar con tacones correctamente y me sentía como un pato mareado, sin ninguna gracia.

En cuanto aposenté mi culo en el asiento de cuero de la limusina sentí el olor a dulces y tuve que alzar la vista. Había todo tipo de dulces por allí, eso me hizo la boca agua. Me gustaban los dulces y tenía hambre, ni siquiera nos

había dado tiempo de cenar en todo aquel jaleo. Alcé la mano y cogí un puñado de M&M's.

—Deberías aprovechar ahora, luego no podrás tocar la comida que veas en palacio.— Murmuró Serena poniéndose el cinturón.

—¿Por qué?—Pregunté sin entender el motivos  
Ella se rio por lo bajo.

—Ninguna mujer come en esas fiestas, nadie quiere tener un trozo de ostra entre los dientes mientras saluda a la realeza.

Asentí dándole la razón, pero tenía hambre y dudaba mucho que se me fuera a pasar comiendo unos cuantos dulces.

—James...¿Podemos comprar un par de hamburguesas antes de ir a palacio?— pregunté esperanzada. No podía ir a una fiesta con el estomago vacío, acabaría cayendo en la tentación de comer algo y obviamente no quería tener nada entre los dientes mientras hablaba con algún invitado.

—Sí, Alteza.

—¿Estás de broma? ¿Vamos a parar para que puedas comer en vez de ir de una puñetera vez a la fiesta?—Preguntó Serena indignada.

—Sí, vamos a parar a comer porque tengo hambre, eso es obvio, si te molesta siempre podemos volver al hotel y dejarte allí.

—No, gracias.

Y aunque su tono no fuera el mejor, lo dejé pasar mientras una sonrisa diabólica se depositaba en mis labios. Tenía pensado joder a Serena solo un poquito, para que probara de su propia medicina. Lo hacía para que viera lo molesto que era tener alguien que intentaba manipular todo a su antojo. Ella ya había tirado su ficha, ahora me tocaba a mí mover mi peón.

24  
BAILE

*Hoy las chicas sólo vienen a tomar unas cervezas, bailar, escuchar buena música y tal vez encontrar alguien que las haga reír*  
Las aventuras de Califo, Quetzal Noah.

Por fin estábamos delante de un precioso Castillo Victoriano que desprendía romanticismo desde cada uno de sus rincones. Miles de focos lo alumbraban para darle un toque menos fantasmagórico. Desde la ventanilla del coche se podía ver el césped bien cuidado y los rosales por doquier decorando todo el jardín. Había una preciosa fuente delante de la entrada que servía de rotonda para los coches.

En cuanto James me abrió la puerta mi corazón empezó a latir desbocado y mis piernas empezaron a temblar. Antes de que pudiera salir me entregó una máscara de color violeta con detalles dorados y la acepté con agrado.

—Venga, muévete.

El susurro de Serena me obligó a moverme y aceptar la mano de James para apearme de la limusina.

—Todo irá bien Alteza, no se preocupe.— Dijo James en un intento de que dejara de temblar. No funcionó, pero se lo agradecí igualmente.

En la entrada había varias parejas vestidas de gala. Todos iban espectaculares y eso por un momento me hizo sentirme insegura. ¿Qué hacía yo allí? Era una chica de rancho, con padres que luchaban por salir de la pobreza día a día vendiendo huevos de gallina y leche de vaca entre otras cosas. ¿Qué hacía yo allí? Si nunca había tenido clases de etiqueta ni sabía siquiera usar un tacón sin perder el equilibrio cada dos segundos. ¿Qué hacía yo allí? Era lo único que podía preguntarme una y otra vez mientras Serena se colocaba a mi vera.

—Esto es magnífico.

Serena entrelazó su brazo con el mío al darse cuenta de que no me movía y me arrastró hasta la puerta del Castillo. Allí había una chica vestida en traje perfectamente planchado con varias hojas en mano.

—Sus nombres por favor...

—Princesa Alexandra Baker de Crystal y Condesa Serena Vich—Se

adelantó Serena en decir.

La chica buscó nuestros nombres en la lista y luego se hizo a un lado para dejarnos pasar.

—Que disfrute del baile Alteza.

Serena no me dejó agradecerle, en cambio, me volvió a arrastrar hacia dentro como si de un saco de patatas se tratara.

—¿Desde cuando eres condesa? Mentirosa.

Ella se echó a reír y me sacó la lengua.

—Dudo mucho que me vayan a ejecutar por decir unas pocas mentirijillas.

No pude evitar rodar los ojos y suspirar dándome por rendida. De verdad dudaba mucho que Serena pudiera tener algún remedio o siquiera una solución. Nos adentramos a la fiesta donde inmediatamente el flash de una cámara me dejó momentáneamente cegada.

—*Me disculpe senhoritas*— Se disculpó el fotógrafo en una lengua extranjera haciéndonos una reverencia.— *Desfrutem da festa*.

Respiré hondo, eso hizo que me ardiera el estómago, me sentía tan nerviosa. Di unos cuantos pasos más al interior del salón y me quedé de piedra. Mirara donde mirara, los ramos de tulipanes contrastaban suntuosamente contra el blanco y el oro de las paredes del imponente salón. Los invitados irradiaban privilegio y poder a doquier con sus esmóquines, y las invitadas lucían exclusivos vestidos de alta costura, haciendo que el salón de baile pareciera un desfile de los mejores diseñadores de moda del país. La Luz de las lámparas de araña arrancaba destellos a los pendientes, collares y como no, a las diademas con piedras preciosas de un valor incalculable que lucía cada una de las invitadas.

Más adelante había un enorme corrillo de gente que parecía observar algo mientras alguna que otra vez aplaudían y se reían por lo bajo. Empezamos a caminar hacia ellos buscándonos un hueco entre el gentil para ver qué ocurría allí. Serena y yo nos abrimos pasos mediante alguna que otra disculpa y miradas furtivas a través de las máscaras venecianas. Todas las mujeres de la fiesta parecían altas y elegantes, incluida Serena. En ese mismo momento fue la primera y única vez que envidié a Serena Vich.

25  
EL BESO

*Sé muy bien que no tengo nada; pero quería dártelo todo.*

Yess Corn

Alcé la vista hacia la pista de baile y justo en ese momento vi a Thomas pasar bailando por delante de nosotras con una mujer. Ella llevaba un vestido amarillo pastel donde la parte superior era de encaje y la parte inferior era vaporosa y exuberante. Y un lazo hacía la división de ambas telas. Su pelo estaba recogido en un hermoso peinado, que se veía eclipsado por su espectacular corona de diamantes. La mujer que le acompañaba en el grácil baile era una criatura alta y extraordinariamente hermosa. Por un segundo me sentí celosa, sobre todo porque ambos se sonreían el uno al otro de forma cómplice.

—¿Quién será?— Dije a Serena al oído por encima de la melodía del violín que inundaba toda la sala.

Ella se encogió de hombros dándome a entender que sabía tanto como yo. Alcé mi redonda y pequeña barbilla y observé inevitablemente la pareja que daba vueltas por la pista de baile. En ese momento, la arrogante y atractiva sonrisa de Thomas se hizo más fuerte mientras todos aplaudían con fervor, yo los imité. Thomas echó un vistazo a su alrededor con una expresión que irradiaba por todo sus poros fuerza y autoridad. Desde luego tenía toda la pinta de ser el próximo gobernante del país.

La música cesó, la pareja se separó y Thomas le hizo a la mujer una reverencia y luego miraron al público para recibir los aplausos. Pocos segundos después la melodía volvió a sonar y dicha mujer escogió una segunda pareja de baile. Thomas analizó el gentil, buscando a alguien.

Por el rabillo del ojo vi alguien moverse a mi derecha, dando un paso hacia delante, como si quisiera ser vista por él, y, si llamar su atención era lo que quería la muchacha de vestido rosa, lo consiguió.

La miró a ella y luego volvió a repasar al resto de invitados con la mirada. Las muchachas a mi alrededor ponían ojitos y se pavoneaban. Suspiré e hice ademán de salirme del gentilicio cuando Serena me empujó hacia adelante, haciendo que con eso no solo llamara la atención de mi marido, sino de todos

alrededor.

Di un traspié con el tacón y me precipité al suelo. Medio segundo después, las manos de Thomas me estaban ayudando a levantar.

—¿Te has hecho daño?— preguntó con su voz profunda, poniéndome sobre mis pies nuevamente.

—No ha sido nada.

Me sentía tan avergonzada. Había conseguido llamar la atención de todos y no de la mejor forma posible.

—Venga bailemos, *mia principessa*.

Suspiré templando y sin soltarle.

—No sé bailar...

Él se rio por lo bajo.

—Tranquila, sígueme los pasos.

Me rodeó la cintura con sus manos mientras yo coloqué ambas manos sobre sus hombros. Al inhalar su fragancia, la misma sensación intensa que sentí la primera vez que desayuné con él se depositó en mi estómago. Un auténtico enjambre de abejas luchaba por salir de mí mientras él me guiaba en un baile lento por la pista.

—Te he echado de menos...

Él sonrió y sus ojos se alegraron. Parecía cansado, muy cansado, como si llevara días sin dormir.

—¿Eso significa que me perdonas?

En su tono distinguí duda y felicidad.

—No te perdono por haberme ocultado todo esto, pero te he echado de menos... y estoy aquí para apoyarte en todo, como un día te prometí.

Él asintió con firmeza y luego me hizo girar sobre mis tacones. Eso me hizo perder el equilibrio pero él volvió a atraerme hacia él antes de que pudiera cagarla precipitándome al suelo.

—Gracias... Sabía que no me había equivocado contigo.— Dijo él, sin apartar la mirada de mis ojos.

Y al oír aquellas palabras algo dentro de mí se derritió. Todo se hizo a un lado, las mentiras, los engaños, las maldades de Serena... El público desapareció como si el foco de la realidad se hubiera apagado en mi mente y de pronto solo existiéramos él, el príncipe Thomas Price, heredero del trono de Diamound y yo. Y fue entonces, cuando le besé, sin tener en cuenta que aquel simple acto de cariño lo pudiera cambiar todo.

26  
PROBLEMAS

*¿Y qué voy a hacerle?  
Si cada vez que me mira todo mi cuerpo tiembla.*  
Yess Corn

Unos brazos me apartaron de Thomas abruptamente dejándome sin aire.  
—¡Suéltala ahora mismo! Insolente. —Gruñó Thomas y el agarre cesó.

Mis ojos pasaron de mirar a mi marido a ver toda aquella gente, allí. Hablaban por lo bajo, otros se reían y algunas mujeres me miraban mal a través de sus máscaras.

—¿Qué está pasando aquí?— exigió saber la mujer que minutos antes bailaba con Thomas.

—No es nada.

—La señorita acaba de besar al Príncipe, Majestad, exijo explicaciones Thomas.—gritó la chica de vestido rosa apareciendo delante de mi marido y apuntándolo con el dedo acusador.

*Oh, oh.*

Fue lo único que pude pensar antes de que, por lo que había conseguido entender, la Reina, ordenara a uno de los guardias llevarme lejos mientras Thomas protestaba a gritos y venía detrás. Su madre, se disculpó con los invitados para luego seguirnos a nosotros con una cara para nada agradable.

El guardia me llevó por los pasillos de palacio hasta subir una escalera que parecía no tener fin. Luego me dejó en una habitación estilo victoriana que desprendía poder y lujo en cada uno de sus rincones.

Thomas no tardó en entrar y venir corriendo hacia mí para abrazarme. Debía de tener un aspecto lamentable, en medio del jaleo había acabado perdiendo mi máscara.

—¿Estás bien?

Me cogió la cara entre sus manos mientras inspeccionaba mis facciones con cuidado. Sentía la cara húmeda, todo había pasado tan rápido que no me había dado cuenta de que me había puesto a llorar en medio de aquel caos.

—Sí.—Me limpie la cara rápidamente sintiéndome avergonzada.—Siento mucho haberte metido en este problema.

Él asintió con tristeza pero luego me acarició el mentón como si ese gesto me exculpara de toda acción.

—No era precisamente la forma que tenía pensada que mi familia supiera que he roto las normas casándome con una plebeya de otro país... pero está bien.

La puerta se abrió abruptamente y por ella apareció la Reina y la chica que iba de rosa.

—Explícame ahora mismo qué significa esto Tom.

Thomas dio un paso hacia atrás y luego se volteó para mirar a ambas mujeres.

—Madre... siéntese por favor.

Ella le miró con cautela pero hizo lo que le indicó.

—Tom, explícate ahora mismo.—Chilló la de rosa con enfado evidente.

—Lissandra cuida tu tono al hablar conmigo, te recuerdo que sigo teniendo un puesto superior al tuyo.—Contestó él con calma fingida.

La chica agachó un poco la cabeza y luego se colocó detrás del sillón de la Reina quien nos observaba con escepticismo.

—¿Y bien Tom?

Thomas desvió su mirada de ellas a mí. Me encogí de hombros sintiéndome completamente fuera de lugar ante aquella situación. Si no lo hubiera besado nada de aquello tendría que pasar y no tendríamos que someternos a tan agobiante interrogatorio.

—Madre, esta es Alex..—Respiró hondo antes de seguir y se volteó nuevamente hacia ambas mujeres.—Mi esposa.

27  
LEYES

*¿Pero quién sabe cómo deshacerse  
del rastro de una estrella fugaz  
cuando ya te ha mirado a los ojos?*

Elvira Sastre

—¿Qué?—Chillaron ambas estupefactas. Tuve que dar un paso hacia tras asustada. La cara de ambas mujeres parecía la viva imagen de unas psicópatas.

La puerta de la habitación se abrió y entró un hombre con un esmoquin negro carbón sin ninguna arruga. El nudo de su corbata dejaba claro que estaba hecho por manos expertas y su peinado hacia atrás hacía que sus arrugas parecieran tener menos años, dándole un toque más jovial.

—¿Qué está pasando aquí?—El hombre nos miró a nosotros, luego a las mujeres y nuevamente en nuestra dirección.—¿Thomas?

Mi marido respiró ruidosamente por la nariz y se puso recto, intentando recuperar valor para volver a decir la misma frase que acababa de soltar segundos antes de que el hombre entrara por la puerta.

—¿Tu esposa? ¿De qué hablas Thomas?

—Padre...—Su voz se quebró mientras él volvía a intentar recuperar la postura. Me miró y en sus ojos vi frustración y casi miedo.—Elegí a Alexandra para ser mi Reina...

—¿Con qué derecho?—Chilló la Reina levantándose de golpe asustando a la chica que seguía apoyada contra el sillón, en shock.—Llevas prometido a Lissandra incluso antes de nacer... ¿Con qué derecho te creíste para tomar semejante decisión?

Tragué saliva y casi sin percibir me vi escondiéndome detrás de Thomas, como si él fuera mi chaleco antibalas y temiera ser acertada por una en cualquier momento.

—Lo siento madre, pero sabe usted bien que yo no soporto a Lissandra y tenía claro desde el verano pasado que no iba a estar el resto de mi vida al lado de semejante personaje.

—¡Eh! Eso es un insulto hacia mi persona, discrepo completamente sobre

esta situación.—La chica se irguió y se colocó a la derecha de la Reina.—Vas a pagar muy caro por haber tomado esta decisión Tom, mi padre cerrará cualquier puerta que os ayude a mantener el Reino lejos de la sequía.

Dicho esto y con los ojos envueltos en llamas, se marchó.

—¡Liss espera!

La Reina se giró hacia nosotros y todo el mundo tembló, literalmente, sentí toda su ira depositada hacia nosotros y eso me hizo pequeña. Tenía mucho miedo de lo que podía pasar a continuación.

—¿Has visto lo que acabas de conseguir?—Ella dio un paso hacia delante y empecé a sudar. Levanté mi mano y agarré el chaleco de Thomas para que me diera fuerzas, empezaba a tener sofocos y a sentirme mareada.—Por tu culpa empezará una guerra... ¿Y todo para qué? ¿Para llevarnos la contraría y hacer lo que siempre has querido? Estar lejos de la única mujer que puede traer prosperidad al Reino.

—¡Es una sinvergüenza! Envenenó a George para robarle el trono...

—No tenemos pruebas de eso hijo mío.—Habló su padre con voz tranquila y acompasada.—No podemos echar la culpa a Lissandra de todo lo malo que pase en Esmeralda.

Thomas se echó a reír como si todo aquello de pronto le hiciera demasiada gracia, una gracia que no pude encontrar, y al parecer sus padres tampoco.

—Oh, venga ya... Hasta vosotros pensáis lo mismo que yo, aunque no lo digáis en voz alta.

Sus padres se miraron por un momento y luego miraron a su hijo.

—Eso no quita que hayamos roto el pacto de unión entre ambos reinos por tu maldito capricho.

Thomas volvió a reírse, aquello se estaba empezando a descontrolar. Había tanta tensión en el ambiente que se podía cortar con un cuchillo.

—No es ningún capricho madre.

Ella lo volvió a fulminar con la mirada.

—¡Has roto al menos siete cláusulas de estado por casarte con un maldita pueblerina!

—¡No hay ninguna regla que me impida casarme con una plebeya!

Su padre alzó la mano y él cerró la boca al instante bajando la cabeza.

—Para empezar no grites a tu madre, le debes un mínimo de respeto.—La cara del Rey era el vivo retrato de un hombre que quería llevar la paz a sus súbditos.— Y segundo, código veintitrés, párrafo tres: Ningún Rey que se preste a gobernar Diamond mezclará su raza con una plebeya del Reino.

Respiré con dificultad, parecía que todo el aire de la habitación se hubiera extinguido por completo, impidiéndome respirar con regularidad. Thomas se giró hacia mí y me cogió de la mano para moverme hasta colocarme a su lado. Pasó su mano por mi hombro y me acercó más a él.

—En ese código solo habla del Reino de Diamond, pero para desgracia y fortuna de algunos, en este caso, mía, Alexandra no es nacida aquí, con lo que esa ley no cumple sus requisitos para con ella.—alzó la mirada para enfrentarse a sus padres.—Por lo tanto, no he roto ninguna Ley de Estado que pueda imponerme como castigo la retirada de mi corona. Y puestos a eso, estoy y seguiré casado con una cristalina de cuerpo y alma.

Pude ver cómo su madre tragaba duro intentando digerir la noticia dada por su hijo. Dejó de mirarle a él para acto seguido posar sus ojos azules sobre mí y fue entonces cuando me di cuenta de que ni siquiera la mirada ambiciosa y cargada de maldad de Serena se asemejaba a la de aquella mujer.

**SÍ, MAJESTAD**

*Y entonces yo,  
en vez de bajarte el cielo,  
te subí a él.*

Elvira Sastre, Baluarte

—¿Benjamin?—La Reina miró a su Rey en busca de una contradicción. Él en cambio, en vez de contestar nada, se sentó en el sillón pensativo. Fuera lo que fuese que estuviese pensando estaba segura de que era alguna solución a aquello que ellos veían como un problema, en pocas palabras; nuestro matrimonio.

—Tiene razón, no ha roto ninguna regla a los ojos de la Ley.

Su madre abrió los de par en par. Luego empezó a andar de un lado a otro inquieta.

—Esto es imposible, debe haber algo que ponga fin a esta locura, no puede ser que esto esté pasando justo ahora cuando estábamos tan cerca de sellar el pacto con Esmeralda.

—Siento decepcionarle madre, pero no hay nada que pueda hacer. He estudiado bien ese libro antes de cometer cualquier error que me llevara a la retirada de mi corona por derecho como heredero al trono.

Su padre negó con la cabeza pensativo.

—Esto acarreará serias consecuencias y nuestros soldados no están preparados para una guerra...

—Yo los prepararé.

—Desde luego los prepararás, esto es tu culpa. Si el Reino se va a pique te haré pagar muy caro Tom.—Su madre se acercó a él hasta señalarle la nariz con sus largas uñas de gel.

Él contuvo la respiración pero en ningún momento apartó sus ojos de los de su madre, como si tratara de un juego en el cual el que primero pestañeara perdía. Alguien tocó a la puerta y todos se giraron para mirar de quién se

trataba.

—Adelante.

La puerta abrió y de ella apreció un chico apuesto y guapo.

—Siento interrumpirles, Majestad, Alteza... La gente empieza a preguntarse qué está ocurriendo y se están impacientando... ¿Desean que de por finalizada la fiesta?

La madre de Thomas negó con la cabeza firmemente.

—No hace falta Bruno, ahora mismo bajamos.

—Como ordene Majestad.

Ella nos miró y luego negó con cabeza.

—Volvamos a la fiesta y hagamos que tengan una noche inolvidable... eso sí, ella no viene.

—¿Por qué?

Su madre soltó una suave carcajada y luego miró al Rey.

—¿Te lo puedes creer? Se está preguntando por qué Benjamin...—Se volvió para mirarnos a ambos con cara de incredulidad.—Nadie puede saber de este escándalo hasta que encontremos una solución a ello. Si no lo descubren nunca mejor aun, con que ella no volverá a estar en contacto con nadie.

—Un momento.—Dije por primera vez desde que nos metimos allí.—No podéis hacerme vuestra prisionera.

Su madre soltó una maléfica carcajada que me puso la piel de gallina.

—¡Já! Estas en mi Reino querida, te hago mi prisionera si me place...

—Madre, ya basta.

Se oyó a su padre aclararse la garganta y todos se tensaron, incluida yo.

—Tu madre tiene razón Tom, lo último que necesitamos es que la gente sepa de esto y empiecen a dudar de nuestra capacidad para liderar el Reino... ¿Qué crees que la gente dirá al enterarse de este matrimonio?—Su padre se levantó y se abrochó la americana.—No te felicitaran hijo, empezarán a dudar de tu capacidad para liderar Diamound. Sobre todo teniendo en cuenta que acabas de romper un pacto hecho a más de treinta años.

—Yo no hice ningún pacto, eso lo hicieron ustedes en mi nombre, y no es justo, tengo tanto derecho a elegir con quién pasar el resto de mi vida como un pueblerino cualquiera.

Su padre se rio por lo bajo como si aquella fuera la estupidez más grande que hubiera dicho su hijo hasta el momento. El Rey depositó su mirada sobre mí y yo contuve la respiración.

—Espero que entiendas que todo lo que hacemos es por el bien de este país.

—Sí, señor.

—Sí, Majestad.—Me corrigió él sin ninguna especie de humor en la voz.

—Sí, Majestad.

Bajé la cabeza sintiéndome la cosa más pequeña e insignificante de la faz de la tierra.

**EL DESPERTAR**

*Y cuando todo el mundo se iba y nos quedábamos los dos entre vasos vacíos  
y ceniceros sucios, qué hermoso era saber que estabas.*

Julio Cortázar

Al final cedí a sus peticiones y Thomas también. Su madre ordenó que me mantuviera en la habitación de mi marido hasta nueva orden, y así lo hice.

—Siento que tengas que pasar por todo esto. Debí imaginarme que esto podía pasar. Yo solo... sólo quería poder elegir por una vez.

Entrelacé mis dedos con los suyos para darle ánimos y él bajó la vista hacia mí con una sonrisa en forma de agradecimiento.

Caminábamos por los pasillos de palacio en un profundo silencio mientras él me guiaba hasta su alcoba.

—Te entiendo, tiene que ser duro hacer todo lo que dicte un libro de millones de años.

Él hizo una especie de mueca rara.

—Ni te lo imaginas.

Nos paramos delante de unas puertas de madera de roble y él la abrió para que yo pudiera pasar dentro.

La estética victoriana también predominaba en aquella habitación llenándola de magia, elegancia y sofisticación. Los muebles eran de la misma madera oscura barnizada que todo el resto de palacio, la pared del fondo destacaba por su azul medianoche en papel tapiz. La lencería era de colores claros, donde destacaba mucho el encaje, puntillas y almohadas mullidas. Y aunque la habitación destacara por sí sola, había algo en ella que destacaba aún más. Eso era la cama, siendo la verdadera protagonista de aquella perfecta habitación. Las mesitas de noche no iban acorde al latón forjado de la cama pero eso no me extrañó. En mi casa también teníamos muebles que no iban acorde con otros y no estaban mal.

—¿Te gusta?— Preguntó Thomas colocándose a mi lado.

—Sí, es perfecta.

Él sonrió de lado.

—Me alegro, porque a partir de ahora esta será tu habitación.

Abrí la boca y le miré unos segundos.

—¿Y tú? ¿Dónde dormirás?

Él me acarició la espalda y sonrió débilmente.

—Creo que ya tenemos problemas suficientes como para que ahora nos busquemos otro con la Reina por querer dormir juntos.

Asentí sin entender mucho. Estábamos casados, no tenía nada de malo que pudiéramos dormir juntos.

—Será mejor que me vaya. Tú descansa. Si necesitas algo solo tienes que pulsar un pequeño botón que hay debajo de la mesita de noche derecha y vendrán enseguida a atenderte.

Me dio un fugaz beso en la frente y se marchó. Yo en cambio me quede ahí de pie sin saber mucho que hacer. Miré mi vestimenta ahora ya arrugada y suspiré, me habían dado un vestido precioso y yo lo había estropeado todo metiéndonos en aquel lío por un simple y estúpido beso. Debería controlar más mis impulsos. No podía ir por ahí mostrando a todos el cariño que sentía por mi marido, bien sabía Dios que aun no lo amaba, pero le apreciaba. El me había elegido a mí antes que a cualquier otra y ahora yo debía devolverle el mismo favor intentando por todos los medios no meterle en más problemas.

Suspirando fui hacia la cama. Me quité aquellos pesados y dañinos tacones, me metí bajo la colcha y miré el techo. Aquel día podía haber sido un día feliz, alegre, lleno de bailes y comida, y allí estaba yo, sola, triste y con unas ganas terribles de llamar a mis padres para que supieran al menos que yo seguía viva. Acabé girándome hacia un lado, hundiendo mi cara contra aquella almohada que parecía más bien una obra de arte y lloré hasta quedarme plácidamente dormida.

A la mañana siguiente me desperté con los ojos de Serena puestos en mí. Di un rebote sentándome sobre la cama y ella se rio.

—¡Dios santo! ¿Qué haces aquí?

Ella hizo una especie de mueca pero luego sonrió de lado.

—Al parecer que tú seas la nueva rehén de la Realeza también me hace rehén contigo por ser testigo de tu matrimonio con el Príncipe. —Ella cogió un cojín y lo acomodó detrás de su cabeza.—Creo que es el primer castigo que me gusta en toda mi vida.

Resoplé y me apoyé contra el respaldo de latón de la cama.

—No me han recibido con los brazos abiertos...

—Eso es porqué te encanta meter la pata. A quién en su sano juicio se le ocurriría besar un miembro de la Realeza delante de todos sus súbditos.

—A mí.

Me encogí de hombros y ella asintió con la cabeza.

—Sí, Alex, solo a ti.

Ella resopló, se levantó, fue hacia la puerta y la abrió. Se hizo a un lado y las seis doncellas que el día anterior nos habían ayudado arreglarnos para el baile estaban allí, con bandejas de comida.

—Adelante.

Y así lo hicieron, todas se acercaron con las bandejas y las depositaron sobre la cama.

—Buenos días Alteza, espero que haya dormido bien.

Sonreí a las seis.

—Buenos días, chicas.

Todas hicieron una reverencia y luego empezaron a marcharse.

—Lana.

—Sí, Alteza. —La muchacha se paró y se volteó hacia mí.—¿Se le ofrece algo más?

Me pensé durante un segundo si de verdad pedirle aquello o esperar hasta que llegara Thomas para pedírselo a él.

—¿Podrías conseguirme un teléfono? Necesito llamar a mis padres.

La doncella pareció dudarle unos segundos.

—No lo sé, Alteza... la Reina...

—Trae el maldito teléfono de una vez.

—¡Serena!— grité con exasperación.

Ella puso los ojos en blanco y suspiró.

—Perdón. Trae el maldito teléfono, por favor.

Volví a suspirar, no me apetecía empezar el día peleándome con ella.

—Gracias Lana, puede retirarse.

—Con su permiso, Alteza.

Lana hizo una reverencia y se marchó. Serena cerró la puerta y vino en mi dirección para que desayunáramos juntas y así poder empezar un nuevo día.

## PRISIONERA CON IDEALES

*Muchas veces me moría  
pensando que no iba a verte.  
Pero moría la muerte  
cada vez que te veía.*  
Eduardo Galeano.

Los días fueron pasando y se volvieron semanas. Nada parecía indicar que hubiesen encontrado una solución para poner fin a nuestro matrimonio. En cambio, yo permanecía prisionera entre aquellas cuatro paredes, donde empezaba a sentirme deprimida y solitaria.

Thomas tenía cosas de las que encargarse y casi nunca estaba en palacio, lo que suponía que me dejaba a completa disposición de su madre, quien mandaba cerrar la puerta de la habitación una vez Thomas hubiera abandonado los Jardines Reales. Luego ordenaba abrir una vez que se acercaba en la lejanía. Todo aquello era una auténtica pesadilla.

Esa noche me encontraba en el balcón admirando las vistas cuando escuché que se abría la puerta. No hice mucho caso, bien podía ser Serena o una de las doncellas con la cena. El cielo de Diamound empezaba a teñirse de varias tonalidades de rosa cuando Thomas se puso a mi lado para admirar las mismas vistas.

—Hola Princesa.

No le respondí, ese día me sentía tan triste y defraudada que no me veía capacitada de contestarle de buena manera. Estar allí encerrada las veinticuatro horas del día, sin tener contacto nada más que con Serena y las doncellas no me parecía un trato digno.

—¿Ya has cenado?

—No.

Él me miró durante varios segundos sin que yo me dignara a alzar la vista y sonreírle. Lo sabía, sabía que yo no me comportaba así por nada, pero era imposible ser la chica que era siempre si me mantenían encerrada en una habitación, que por muy bonita que fuera, seguía siendo la jaula donde mantenían preso a un bonito pájaro.

—¿Quieres que cenemos juntos?—Preguntó enseñando su más bella sonrisa.

—Thomas... No puedo estar aquí encerrada por más tiempo. Tu madre no me deja salir ni siquiera al jardín. Cierra la puerta y solo la abre cuando estás por llegar...—Empecé a decir atropelladamente mientras él se esforzaba por entenderme.

—¿Que mi madre qué?

Suspiré y empecé a negar con la cabeza, no debía haber dicho nada.

—No puedo más, estar aquí encerrada es horrible Thomas.

Él puso sus brazos en jarra y miró las vistas pensativo.

—Venga, paseemos por los jardines.

Abrí los ojos de par en par, sintiendo como la ilusión volvía a adueñarse de mi pecho.

—¿En serio?

Él asintió volviendo a sonreír como un Dios griego. Entrelazó sus dedos con los míos e hicimos nuestro camino hacia los pasillos de palacio.

—Tu madre se enfadará...

Él suspiró pero intentó no perder la sonrisa.

—Es hora de empezar a plantarle cara antes de que nos encierre a los dos.

No pude evitar reírme un poco. No veía a Thomas encerrado entre cuatro paredes como yo sin volverse loco el primer día.

—Al menos si estuviéramos encerrados te podría hacer unas cuantas cosillas que he estado pensando estos días.—Dije en voz baja para mí misma.

Estar más de una semana encerrada me hizo delirar unas cuantas veces imaginando al cuerpo de Thomas encima del mío sudado y jadeando de placer. Desde luego estar encerrada me estaba volviendo loca, porque nunca había sido alguien que se dejara llevar por la picardía de sus pensamientos impuros.

—Así que ahora dedicas las horas vagas en pensar en mí...

Alcé la vista hacia él y le pillé con una descarada sonrisa en el rostro. Eso hizo que el rubor no tardara más de dos segundos en depositarse sobre mis mejillas. No podía evitar sentirme atraída por Thomas, era un hombre guapo, apuesto, dedicado y sexy, además era mi marido... ¿Cómo no iba a fantasear con él?

Seguía sin estar segura de poder amarlo, pero sentía que había un fuerte lazo que nos unía, y que, a pesar de todos los problemas que intentaban alejarnos, nos unían más. De todas formas teníamos un único objetivo en común y era mantener nuestro matrimonio a salvo de cualquier intruso que

intentara arruinarnos los planes. Y los planes eran fáciles de adivinar: Thomas quería casarse con una mujer que él eligiera y que todos aceptaran su decisión, y yo quería hacerlo feliz.

El jardín se veía precioso de noche, con todas las luces iluminándolo, los rosales se veían bien cuidados desde cerca. Me acerqué a una rosa amarilla y la olí. Olía a primavera y a palomitas dulces. Alcé la vista y pillé a Thomas mirándome, ese gesto volvió a ponerme roja de vergüenza.

A veces me gustaría ser más atrevida, como Serena, ella ligaba con los hombres con la facilidad de un felino para atacar. En cambio yo, lo único que podía hacer al mirar a Thomas era ponerme roja como un tomate.

—Me encanta que seas tan simple y noble...—Susurró él mientras se acercaba y me rodeaba la cintura con sus robustos brazos.—Encuentro una belleza única en ti, eres como esa rosa, dulce, delicada, y hermosa a pesar de tus infinitas espinas.

Bajé la mirada incómoda. Era muy bonito lo que me acababa de decir pero no estaba acostumbrada a que la gente me dijera cosas como aquellas. Era una chica rechoncha, de mofletes gordos y labios carnosos, más que los de la mayoría de las mujeres de los alrededores. No podía considerarme la belleza típica porque no era así, y cuando oía cosas como aquellas, me sentía desorientada, incluso desconcertada.

—Alex, mírame.

Obedecí sus órdenes y miré sus perfectos ojos azules. Me cogió del mentón y acercó sus labios para besar los míos cuando alguien se aclaró la garganta y yo di un paso hacia atrás, asustada.

—¿Otro beso parejita?

La Reina se encontraba ante nosotros con un vestido blanco parecido al de esos catálogos de vestidos de novia de Vera Wang.

—Madre.—Saludó Thomas entre un resoplido.

Al parecer el destino luchaba una y otra vez en nuestra contra, y eso hacía que mis fuerzas de luchar disminuyeran a medida que avanzaban los acontecimientos.

Ese mismo día mientras caminábamos de vuelta a mi habitación oí la Reina decir a mis espaldas:

—No tengo nada en contra tuya Alex, pero Crystal no tiene nada que ofrecer a nuestro Reino.

Iba a voltearme para mirarla a los ojos mientras decía aquello pero Thomas apretó su brazo a mi alrededor impidiéndome y haciéndome avanzar.

—No la escuches, solo intenta persuadirte.—Me besó el pelo y yo suspiré.  
—Que Crystal no tenga nada que ofrecer a mi Reino no significa que tu no puedas proporcionarle todos tus ideales.

## 31 TRAICIÓN

*Si te fueras tú, yo lo perdería todo; yéndome yo, tú no pierdes nada.*

Porta

La semana siguiente transcurrió sin muchos acontecimientos, Thomas había tenido una exhaustiva conversación con su madre y esta había procurado dejarme en paz. Con que ahora ya tenía luz verde para andar por palacio y los jardines con total libertad, lo que me había proporcionado un poco de paz mental. Llamaba a mis padres todos los días antes de dormir para comunicarles que estaba "bien" y que todo seguía su orden. Obviamente les omitía que me mantenían reclusa sin poder salir de los alrededores.

Esa mañana después de desayunar sin la alegre y entusiasta compañía de Serena decidí dar un paseo por los jardines. Andaba tan distraída disfrutando de un increíble día de sol que no me di cuenta de que me había metido en el laberinto de plantas nativas del jardín oeste. Hacía mucho tiempo había leído un artículo en el que decía que en la mitología griega, el laberinto había sido diseñado por Daedalus para encarcelar al Minotauro pero también tenía un significado simbólico. Se decía que pasear por un laberinto era una experiencia muy personal y reveladora, que fortifica la meditación. Miré a mi alrededor y suspiré, no podía creer que mi despiste fuera tan lejos como para meterme en un sitio como aquel.

Como sabía que gritar no haría que alguien me escuchara y viniera a rescatarme seguí caminando un buen rato hasta que empecé a oír el susurro de un par de voces y decidí seguir el sonido por si me encontraba a unos guardias que me ayudaran a salir de allí. Y tan grande fue mi sorpresa al descubrir de quienes eran las voces que me tuve que esconder y escuchar de qué hablaban.

—Doblo mi apuesta si consigues alejarla de aquí y le haces firmar este papel.

La Reina extendió el papel en dirección a Serena y ella dudó un segundo en si coger lo que le ofrecía o no.

—¿Qué es esto?

—El papel donde renuncia tanto al matrimonio con mi hijo como le hace callarse por siempre sobre lo que ha pasado.

Serena se rio y cogió el papel.

—¿Qué le hace pensar que ella firmará esto sin leerlo antes?— preguntó Serena mirando fijamente a la reina Karol.

—Oh, podrás inventarte una buena excusa para ello, estoy segura de que esa gran suma de dinero hará que te plantees muy bien en si mantener tu amistad con Alex o una vida entera sin preocuparte por el dinero.

Tenía un nudo tan grande en la garganta que me impedía respirar mientras el suelo temblaba bajo mis pies. No podía creer que Serena me fuera a vender a la mejor postora. De hecho no entendía por qué aún seguía esperando cosas buenas de ella.

Empecé a correr con el pensamiento alborotado y las lágrimas resbalando por mis mejillas. Corría metiéndome entre un pasillo y otro hasta encontrar la salida. Después de varios minutos que me parecieron eternos conseguí salir del laberinto y corrí hacia palacio para intentar encontrar a James y que me dijera dónde encontrar a mi marido. Si acaso estuviera fuera intentaría que me dejara hablar con él y hacerle saber de lo que acababa de ser testigo. Esta vez no podía mantenerme callada, se habían pasado de la raya y alguien con más poder que yo debía pararles los pies. Eso era una traición tan grande para mí por parte de Serena que por primera vez en mi vida decidí no protegerla y que pagara de una vez por todas por sus actos.

Pasé entre las doncellas que limpiaban el gran salón corriendo y alguna soltó un grito ahogado. Desde luego estaba rompiendo varias normas por correr de aquella forma dentro de palacio pero no me importaba. Había cosas más importantes que poner en orden que unos cuantos viejos protocolos inútiles.

En la primera planta busqué a ciegas el despacho de Thomas. Había estado tan solo una vez allí y en aquel pasillo existían tantas puertas que dudaba mucho que lo fuera a encontrar de primeras. Pero por suerte la puerta del despacho se encontraba ligeramente abierta. Me acerqué con cautela, alcé la mano para llamar antes de entrar cuando escuché la segunda cosa que me arruinó por completo el día.

—¿Estás seguro de que esta brecha del protocolo puede deshacer el matrimonio que contraí con Alex?— Preguntó mi marido con disgusto en la voz.

—Sí, Alteza.—Contestó una primera voz que no había oído nunca.

—Aunque esté enmascarado y pocos sepan descifrar deja muy claro que el futuro Rey de Diamond tiene terminante prohibido casarse con una mujer que no tenga residencia en este país al menos de un año.

Di un paso hacia atrás como si aquellas palabras me acabarían de golpear con fuerza el pecho. ¿Habían encontrado algo que ponía fin a todo? ¿Tendría que regresarme a Crystal sin miramientos? Miré el pasillo de un lado a otro. No había nadie, con que nadie podía saber que había escuchado a hurtadillas.

Con paso lento y sintiendo algo que nunca había sentido antes caminé hacia mi habitación en el segundo piso donde me senté sobre la cama y me quedé ahí tranquilamente. No podía llorar. No podía gritar. No podía hacer nada, estaba en shock. Primero escuché como mi mejor amiga intentaba venderme a mi suegra. Luego escuché que mi matrimonio estaba a punto de llegar a su fin. Simplemente no sabía qué hacer ni que sentir, era como si me hubiera despertado en mí peor pesadilla.

Un destello de sol llamó mi atención y miré hacia la ventana que daba al balcón. Me levanté lentamente y fui hacia allí. Había muchos metros hasta el suelo. Quizá si reunía todas las fuerzas de mi cuerpo y me dejaba precipitar hacia el vacío acabara rápidamente con los problemas de todos. Podría hacerlo, pero era demasiado cobarde para ello. Había estado mintiendo a mis padres día a día diciéndoles lo bien que estaba cuando nada de aquello era cierto. No podía simplemente suicidarme y hacerles ver lo infeliz que estaba siendo allí, sin poder defenderme de los ataques continuos de la Realeza.

Respiré hondo, volví a la habitación y miré todo a mi alrededor. ¿Era eso lo que quería para el resto de mi vida? Pasarla encerrada por ser el títere de una Reina manipuladora, mezquina y alguien que no se importaba con la felicidad de su hijo porque no veía más allá de sus ambiciones. Desde luego no quería eso para mi vida. Yo era feliz viviendo con lo mínimo. Era feliz viviendo en Crystal, trabajando como cualquier otro ciudadano y compartiendo cama con el Señor Rufus. Era feliz, pero ahora solo era una prisionera de veintitrés años que vivía infeliz en un Reino cegado por el poder y la codicia.

Me armé de valor, me quité aquel precioso vestido que me traían todas las mañanas para verme como una princesa de cuentos de hadas, cogí mi mochila que James me trajo el día después de que me encerraran en el castillo y de ella saqué mi único pantalón raído y una blusa amarilla. Estaba dispuesta a recuperar mi vida, y volver a ser la Alex de siempre. No pensaba dejar que nadie apagara esa luz que siempre había intentado mantener dentro de mí para

dar lo mejor de mí a los demás.

Busqué un papel y un lapicero y escribí una nota a Thomas en la que me disculpaba de todo corazón por tener que irme y abandonarle en medio de aquella guerra con sus padres.

## ADIOS DIAMOUND

*La vida me ha enseñado con dolorosos tropiezos que: la gente que más exige es la que menos ofrece. Pero la gente que nada pide es la que todo merece.*

Blaster - Delirios de un corazón roto.

—¡Alex! ¿Dónde crees que vas?— Oí a Serena gritar desde lejos mientras yo me metía en el coche. Había conseguido convencer a James de que me llevara a dar un paseo sin darle muchos detalles. Al principio se negó firmemente hasta que le dije que Thomas me lo había concedido como regalo. Aparentemente se lo creyó.

—Vamos James, arranca.

Y así lo hizo. Estuvimos dando vueltas sin rumbo alguno hasta que la pregunta se hizo evidente.

—¿Dónde desea ir Alteza?

Respiré hondo y le contesté temerosa de que fuera a llevarme de vuelta a palacio.

—Al aeropuerto James.

Él frenó el coche en seco y casi eché a volar. Por suerte siempre me ponía el cinturón de seguridad.

—¿Está segura de lo que hace Alteza?

No supe que contestar. Había prometido a Thomas que estaría con él para enfrentarnos juntos a todos los problemas pero ya no podía más. Todo aquello me había superado y me había tornado una persona sin vida allí dentro. No podía seguir así, me acabaría volviendo loca y amargada.

—Sí.

Él asintió y siguió su camino hasta el aeropuerto. Tardamos más de media hora en llegar. Él se bajó del coche y me abrió la puerta para que pudiera bajarme. Me acompañó dentro, hasta el mostrador de una compañía que tenía conexión con Crystal.

James compró mi billete con su dinero ya que yo no disponía ni de un mísero centavo y esperó conmigo hasta que se acercó la hora de mi vuelo. No parecía preocupado de que le fuera caer la de Dios por intentar ayudarme a ser libre.

Estaba a punto de ponerme en la cola para pasar el control de seguridad para poder embarcar cuando escuché una voz más que conocida.

—¡Alexandra! ¿Dónde demonios crees que vas?

La voz de Serena me hizo voltear con rapidez para encontrarla a unos metros de mí.

—Es evidente, vuelvo a Crystal.

Ella parecía exasperada, como si quisiera matarme pero no se atreviera a ello porque tenía a James de por medio.

—¿Por qué harás semejante barbaridad? No te creía tan estúpida.

Me tuve que reír, de verdad me hacía gracia que me llamara estúpida a mí cuando era ella la que intentaba venderme horas antes.

—¿Por qué eres tan falsa y manipuladora Serena?

Ella abrió la boca como si mis palabras la ofendieran.

—¿Perdón?

—Te vi hoy, a ti y a la Reina armando un complot para deshaceros de mí, no te hagas la loca ahora.

Ella se echó el pelo para atrás y me señaló con el dedo.

—¿Te quedaste hasta el final dónde rechazaba su oferta?

Al ver mi expresión de duda soltó un respingo.

—Claro es muy fácil oír mitad de la conversación y creer que soy la culpable de todos tus males. No acepté su propuesta Alex porque confío en que tú puedas llegar algún día a ser una Reina mucho mejor que ella.

Achiné los ojos sin creer en nada de lo que salía de sus labios.

—¿Y tú qué ganas con que yo ascienda al trono Serena?

Ella sonrió triunfante.

—Quiero ser tu dama de compañía, quiero que asciendas al poder y me elijas a mí como tu ayudante. Así podré olvidar por siempre la pobreza de Crystal y empezar a vivir una vida digna de mí.

Miré a James, parecía lejano a la conversación pero no estaba muy segura de ello.

—La Reina te prometió dinero suficiente como para que no tuvieras que preocuparte por ello el resto de tu vida...

Ella sonrió abiertamente.

—Claro que ella me lo prometió, pero tuvo la mala suerte de toparse con alguien más lista que ella. No iba a ir en contra de la única persona que ha permanecido a mi lado y aguantado todas mis travesuras... jamás te traicionaría de esa forma Alex.

No le creí. Ella era la persona más falsa que conocía y había mostrado más de una vez lo traicionera que era.

—Vuelve a palacio y te enseñaré a ser una verdadera Dama de sociedad.

Enarqué una ceja.

—¿Y tú qué sabes de eso?

Ella se encogió de hombros quitando importancia.

—Yo nada, pero estoy segura de que James puede indicarnos una auténtica profesora de Etiqueta Real.

James se volvió para mirarnos a través de sus gafas y suspiró.

—Puedo proporcionarle a alguien siempre y cuando sea un secreto de los tres.

Serena soltó un chillido de alegría y yo la miré. Parecía más feliz que una perdiz. ¿Qué debía hacer? ¿Volver y enfrentarme a todos para demostrarles que yo podía ser todo lo que ellos deseaban en una Reina o iba a rendirme sin ni siquiera intentarlo? No lo tenía muy claro, pero aceptara o no, debía darme prisa.

Fin

Continuará en

*Seduciendo a la Corona...*

## Agradecimientos

Dicen que todos nacemos para estar agradecidos a alguien, y he sido tan afortunada de estar agradecida a tantísima gente, ya sea a mis fieles lectoras que me siguen desde mis inicios, a mis amigas, familia y pareja.

Este año no ha sido precisamente fácil pero lo hemos logrado, y todo eso gracias al apoyo de tanta gente que me habla por las redes sociales para felicitarme por mi forma de escribir, es increíble el cariño que te puede llegar a aportar gente que ni siquiera conoces.

También quiero agradecer de todo mi corazón a Yashira Maldonado, por ser una excelente persona y por hacerme ver la vida más brillante. A mi pequeña bruja, por hacerme reír con todas sus locuras y hazañas, Katja eres la mejor y sigo diciendo que Nona es la pera marinera.

A la eterna ayuda de Crowlee, por ser una niña increíble y por brindarme todo su apoyo.

A mis mejores amigas Daniela Pineda, Fernanda F. Silva y a Jc, que por muy poquito que lleve en mi vida la haga mucho más feliz y locuaz. A Cau, por ser mi fan número uno y por esperar con tanta ilusión todos mis libros. A mi abuela, por simplemente ser la mejor abuela del mundo mundial y por hacerme mejor persona día a día.

A toda la familia Marín por haberme acogido con tanto cariño e ilusión, a J. Marín por ser pilar importante en mi vida y por haberla cambiado del agua al aceite y hacerme feliz todos los días.

Y como siempre, la última pero la más importante, a mi madre, que por muy lejos que esté, siempre será mi inspiración.